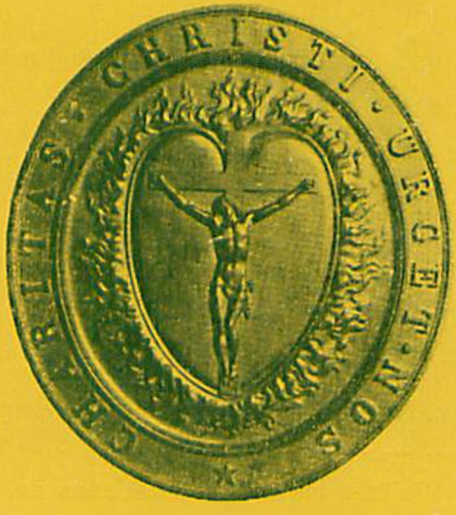
Ecos n.º 4

de la Compañía



1633 - 1983

Abril 1983

BOLETIN MENSUAL de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl

Sumario

DISPOSICIONES OFICIALES

Aprobación de las Constituciones por la S.C.R.I.S. 153

Nombramiento de Visitadora 154

El servicio a los Pobres según las Constituciones por el P. Lloret. 155

Corresponsales Provinciales de **«Ecos»** 165

A LA ESCUCHA DE SANTA LUISA

La oración de Santa Luisa (continuación), por el Padre Martínez ... 166

Segundo tema de reflexión sobre Santa Luisa 175

Carta de Santa Luisa: una visita regular 181

ECOS DE LAS PROVINCIAS

Provincia de Cuba: Sor Rosalía Feito Jorge (1910-1982) 187

Visita del Padre McCullen 190

Provincias de Francia: Envío en Misión 192

Provincia de Portugal: Nuevas experiencias de evangelización y servicio 194

Provincia de Turquía: Visita a las aldeas cristianas del Sureste ... 195

Cursillo vicenciano internacional 201

La Regla de las Hijas de la Caridad,
es Cristo:
adorador del Padre,
servidor de su designio de amor,
evangelizador de los pobres.

CONSTITUCIONES

DISPOSICIONES OFICIALES

APROBACION DE LAS CONSTITUCIONES POR LA SAGRADA CONGREGACION DE RELIGIOSOS E INSTITUTOS SECULARES (S.C.R.I.S.)

A las Visitadoras para su comunicación a todas las Hermanas

París, 25 de febrero de 1983

Querida Hermana:

Al estar Nuestro Superior General de visita en Filipinas, no puedo contener por más tiempo el deseo de compartir con ustedes la alegría de la aprobación de las Constituciones. A mi regreso de un corto viaje por la Provincia de Levante me he encontrado con el Decreto de la SCRIS. Lleva fecha del 2 de febrero, lo que nos da una vez más la seguridad de que la «Virgen María estaba allí...» Ella preside, como Unica Madre, la «presentación» de la ofrenda de cada una de nuestras vidas a través de nuestras Constituciones.

Entremos en este movimiento del don total al Padre, a imitación de Jesucristo Servidor, y bajo la dirección de María, Esposa del Espíritu Santo.

Pidamos a este Espíritu de Amor que ilumine nuestros corazones y nuestras inteligencias con la misma «Luz» que iluminó y transformó la vida de Santa Luisa. Que El nos lleve hacia la realización amorosa de la voluntad de Dios en el servicio de nuestros «Amos y Señores» los Pobres, según nuestra regla de vida.

A su regreso, nuestro Superior General les comunicará las indicaciones principales para la puesta en práctica de dicho Decreto, así como algunas modificaciones exigidas por la SCRIS.

Diciéndoles de nuevo mi profunda unión en la fidelidad a lo que Dios espera de nosotros, quedo con todo afecto su hermana

Sor Lucie ROGÉ
Hija de la Caridad

NOMBRAMIENTO DE VISITADORAS

El P. McCullen, Superior General, con la aprobación de la Superiora General y de su Consejo, ha nombrado a Sor BAREILHES Visitadora de la Provincia de Marsella.

EL SERVICIO A LOS POBRES SEGUN LAS CONSTITUCIONES

Las Hijas de la Caridad hacen los votos y los renuevan todos los años «conforme a sus Constituciones y Estatutos». Y el Nuevo Derecho Canónico —promulgado por S. S. Juan Pablo II el 25 de enero último para entrar en vigor el 27 de noviembre de 1983— dice que

> «Cada Instituto, *habida cuenta de su carácter y finalidad propias,* cuidará de definir en sus Constituciones la manera en la que los Consejos Evangélicos de Castidad, Pobreza y Obediencia han de ser observados por sus miebros, en función de su vida específica» (C. 598 § 1) (*).

Añade por lo demás que dichos miembros no se contentarán con guardar fiel e íntegramente los Consejos Evangélicos así comprendidos, sino que ajustarán toda su vida al derecho propio del Instituto, para *tender por tal medio a la perfección de su estado.*

Con esto queda dicho que la Renovación de este año 1983 no puede por menos de recibir un profundo impacto de la aprobación de las Constituciones de las Hijas de la Caridad: en adelante son su **«regla de vida»**, como la Iglesia se lo señala oficialmente, dándoles, por el hecho mismo y en la medida de su fidelidad, parte en su propia vida y en su propia misión. Precisamente, la SCRIS (**) ha añadido al final del texto:

> «*Las presentes Constituciones, así como los Estatutos que siguen, constituyen el derecho propio de la Compañía de las Hijas de la Caridad.*
>
> *Deben, pues, ser fielmente observadas por todas las hermanas, que las considerarán como la* expresión de la Voluntad de Dios sobre ellas.
>
> *Pero mientras los Estatutos pueden ser modificados o abrogados por una Asamblea General, las Constituciones no pueden ser modificadas más que por la Santa Sede, si los dos tercios de la Asamblea General así lo solicitan.*
>
> *También incumbe a la Santa Sede su interpretación auténtica.»*
> (El Superior General es su intérprete práctico.)

El Decreto de aprobación lleva fecha 2 de febrero de 1983. Según costumbre de la Compañía, en ese día la Superiora General «presentaba al Superior General todas las peticiones de Renovación de ustedes. Y las circunstancias quisieron que, en este año del 350.º aniversario de la Compañía, tal acto tuviese lugar en París, como si una insistencia providencial, que no puede dejarnos indiferentes, nos empujara a volvernos hacia los orígenes, hacia las fuentes. En esos orígenes, ante todo, es donde nuestras Asambleas Generales han buscado y sacado inspiración para elaborar el texto de las Constituciones... El nuevo Derecho Canónico dice también:

---

* La traducción dada aquí es provisional, por no existir todavía traducción oficial del latín a las diversas lenguas.

** Sagrada Congregación de Religiosos e Institutos Seculares.

«Las intuiciones e intenciones de los Fundadores, tal y como las reconoce la autoridad eclesiástica competente en relación con la naturaleza, fin, espíritu y carácter del Instituto, así como con sus sanas tradiciones —cosas todas ellas que constituyen el patrimonio del mismo Instituto— deben ser fielmente guardadas por todos» (C. 578) (*).

Si a todo esto añadimos que el próximo 25 de marzo de 1983 va a ver abrirse para la Iglesia entera el Año Santo del Jubileo de la Redención, ¿cómo es posible que las Hijas de la Caridad no quieran que esta *Renovación* merezca realmente su nombre y corresponda en verdad a un rejuvenecimiento de todo su ser y de todo su hacer en una fidelidad mayor aún al designio de Dios sobre ellas?

Vayamos, pues, al texto de las Constituciones para encontrar en él —para este «hoy» de la Iglesia, de la Compañía y de los Pobres— la expresión adecuada de lo que el Señor quiere de nosotros y ante todo busquemos, como corresponde, la expresión del don total, para el servicio a los Pobres, de la entrega total en ese servicio.

I. LA INTUICION PRIMERA

A) En relación con el nombre

Los Fundadores están persuadidos de que, cuando las circunstancias (y por ellas la Providencia) hacen que se dé un apelativo a una creación surgida a su vez de un conjunto de acontecimientos en los que «no se pensaba», hay en ello algo muy significativo. Algo como lo que ocurre en la Biblia, en que vemos que el nombre expresa en cierto modo la esencia de la persona:

«Cuando os entregásteis a Dios para servir a los Pobres... *recibisteis este nombre que Dios mismo os dio. Debéis, pues, vivir en conformidad con el nombre que lleváis, ya que es Dios quien dio ese nombre a la Compañía.*

Porque no fue la Srta. Le Gras, ni el Sr. Portail, ni tampoco yo quienes os nombramos Hijas de la Caridad. Fue el pueblo el que, viendo lo que hacíais y el servicio prestado a los Pobres por nuestras primeras Hermanas, os dio tal nombre, que ha perdurado como el propio de vuestro ejercicio.»

Las Constituciones se abren, pues, muy acertadamente con esta cita. ¡Cuántas veces habrán de recordar los Fundadores a las Hermanas que no basta con ser Hija de la Caridad de nombre, sino que deben poner efectivamente su vida de acuerdo con ese apelativo, que, de suyo, significa todo un ser y todo un actuar y que las urge a que sean cada vez más lo que son.

Ideal, por lo demás, que no puede encontrar mejor expresión que la que le dan las mismas Constituciones:

«Las Hijas de la Caridad, fieles a su bautismo y en respuesta a un llamamiento divino, se consagran por entero y en comunidad al servicio de Cristo en los pobres, sus hermanos, con un espíritu evangélico de humildad, sencillez y caridad» (I, 4).

Sabemos muy bien que esta frase fundamental quiere ser el eco fiel de las primeras palabras de las Reglas Comunes:

> *«El fin principal para el que Dios ha llamado y reunido a las Hijas de la Caridad es para honrar a Nuestro Señor Jesucristo como Manantial y Modelo de toda Caridad, sirviéndole corporal y espiritualmente en la persona de los pobres.»*

Repitamos, en efecto, que:

> *«La llamada que oyeron las primeras Hermanas sigue suscitando y reuniendo, a través del mundo, a las Hijas de la Caridad, que se esfuerzan por beber en las fuentes las inspiraciones e intuiciones de sus fundadores, para responder, con fidelidad y disponibilidad siempre renovadas, a las necesidades de su tiempo»* (I, 3).

B) Una sociedad apostólica

Por esta razón, la Compañía puede hacer suya la definición que da el nuevo Derecho Canónico de las llamadas «Sociedades de vida apostólica»:

> Aquellas **«cuyos miembros, sin votos religiosos, se dedican a la finalidad apostólica propia de la Sociedad y, llevando una vida fraterna en común, en función de ese su fin específico, tienden a la perfección de la Caridad mediante la observación de sus Constituciones»** (C. 731, § 1) (*).

El párrafo siguiente añade que, entre dichas Sociedades, hay algunas cuyos miembros asumen los Consejos Evangélicos de Castidad, Pobreza y Obediencia mediante un vínculo definido por las Constituciones. Tal es también el caso de las Hijas de la Caridad.

Por el momento, fijémonos en este hecho —tan fundamental para las Hijas de la Caridad— de que la Compañía es esencialmente apostólica o misionera: *su razón de ser es el servicio corporal y espiritual a los Pobres en nombre de Jesucristo.* Todo cuanto sus miembros tienen que vivir radica en esto o se dirige a esto o procede de esto, de manera especial su entrega total a Dios y su vida fraterna. De este modo, participan en la misión universal de la Iglesia. Las Constituciones puntualizan cómo poner en prácttica este ideal.

C) «Formar jóvenes que puedan servir»

Si hay un terreno en el que se refleje y deba reflejarse fielmente esta naturaleza de la Compañía es indudablemente el de la formación —tan determinante de suyo.

Y aquí también coincidimos con una prescripción formal del nuevo Código:

> «El Derecho propio (de cada sociedad apostólica) ha de determinar el contenido de la probación y de la formación adecuada al fin y al carácter de dicha Sociedad, sobre todo en el plano doctrinal, es-

piritual y apostólico, de suerte que sus miembros lleguen a conocer debidamente la vocación a la que Dios les llama y estén convenientemente preparados para la misión y la vida de su Sociedad» (C. 735 § 3).

En lo que nos concierne, vemos cómo las Constituciones, en el momento de presentar los principios y el contenido fundamentales de la formación de la Hija de la Caridad, hacen uso de la fórmula tan gráfica de San Vicente en el Consejo de 30 de octubre de 1647:

> «**formar jóvenes que puedan servir**... *darles sólidos principios de virtud, enseñarles la sumisión, la mortificación, la humildad, la práctica de sus reglas...*»

Estos rasgos vigorosos son, indudablemente, los de la sierva de Jesucristo en los Pobres. Toda su personalidad está formada con ellos. La alusión que San Vicente hace a la práctica de las reglas nos lleva hoy a tomar en serio las Constituciones.

II. UNIDAD DE VIDA

A) En el centro, los pobres

Una vez reconocidas como sociedad apostólica, las Hijas de la Caridad lograrán su unidad de vida impregnándose de expresiones como ésta:

> «*Entregadas a Dios para el servicio de los Pobres, las Hijas de la Caridad encuentran la unidad de su vida en esta finalidad.*
>
> *El servicio es para ellas la expresión de su consagración a Dios en la Compañía y le comunica su pleno significado.*
>
> *Alimenta su contemplación y da sentido a su vida comunitaria, del mismo modo que su trato con Dios y su vida fraterna en comunidad reaniman sin cesar su compromiso apostólico*» (II, 1).

Hay una expresión en las Constituciones muy rica y cargada de significado:

> «*San Vicente expresa esta unidad dinámica de su vida cuando dice: 'Sois pobres hijas de la Caridad que os habéis entregado a Dios para el servicio de los Pobres'*» (I, 4).

Sí, esa entrega a Dios para el servicio de los Pobres y en el servicio de los Pobres es la que unifica la vida de las Hijas de la Caridad, atravesándola como su eje fundamental y *polarizándola por completo:* todo en la vida de la Hija de la Caridad tiende a ello, está ordenado a ello, recibe de ello su matiz propio. Y si así ocurre en la vida de cada una es porque primero ocurre en la Compañía, de cuyo dinamismo total cada una toma parte, a su manera.

Habían observado la especial importancia que el nuevo Código de Derecho Canónico concede a la vida fraterna en común, al mismo tiempo que la sitúa con precisión en relación con la finalidad propia de cada Instituto y sus peculiaridades. También reflejan esa misma línea las Constituciones... reflejando, por lo demás, con ello el pensamiento de los fundadores, que

«vieron en la vida fraterna uno de los apoyos esenciales de la vocación de las Hijas de la Caridad. Esa vida común y fraterna se desarrolla en la comunidad local, donde las hermanas colaboran con fe y alegría, dan testimonio de Cristo y rehacen sus fuerzas con miras a la misión» (I, 6).

De manera más concreta todavía, cuando las Constituciones hablen del proyecto comunitario, empezarán por recordar que se elabora esencialmente con miras al servicio de Cristo en los Pobres y que todas las hermanas, de una manera o de otra, han de participar en su elaboración, siempre dentro de esa perspectiva que produce, a la vez, su unidad de vida y las une en su caminar por la vida (cf. II, 20), porque realmente el proyecto comunitario consolida la unión de la comunidad en función de la Misión.

B) «... Y no hacen otra profesión...»

Tenemos que agradecer a la SCRIS (**) que nos haya permitido sustituir el texto incluido por el P. ALMERAS en las Reglas Comunes por el del propio San Vicente que se hallaba en el reglamento de las Hermanas de las Parroquias, y que el Santo Fundador comentó en su conferencia del 24 de agosto de 1659.

De ese texto, tan conocido en su primera parte, que puede considerarse como la «carta magna» de las Hijas de la Caridad («por monasterio las casas de los enfermos, por celdas un cuarto de alquiler...»), haremos bien en retener esta expresión tan vigorosa:

> **«Y no hacen otra profesión para afianzar su vocación, y por esa confianza que tienen en la Divina Providencia y el ofrecimiento que le hacen de todo lo que son y de su servicio en la persona de los Pobres...»**

Ahí tenemos lo esencial, lo que constituye una Hija de la Caridad: la entrega total a Dios vivida para el servicio y desde el servicio, la entrega total que forma una sola cosa con el servicio, y recíprocamente. Esa es la forma verdaderamente peculiar y original de «hacer profesión» que tiene la Hija de la Caridad: ideal recio y exigente, como lo recuerda el mismo texto, porque ordinariamente ha de vivirse en medio del mundo y requiere de las hermanas «tanta o más virtud que si fueran profesas en una orden religiosa». Por tanto, lejos de disminuir la radicalidad que debe penetrar su existencia, se trata de comprenderla bien, de situarla debidamente. Como lo veremos en la segunda conferencia, habrá que inscribir especialmente dentro de esta línea la práctica de los Consejos Evangélicos de Castidad, Pobreza y Obediencia, y los votos no harán sino confirmar y urgir este compromiso de vida.

Quiere esto decir que las Hijas de la Caridad tienen que sentirse aludidas, interpeladas por las llamadas de los Pobres, vengan de donde vinieren.

> *«Múltiples son las formas de pobreza, múltiples también las formas de servicio, pero uno solo es el amor que Dios infunde en las que ha llamado y reunido»* (I, 8).

La radicalidad toma aquí, principalmente, la forma *de la más total disponibilidad:* son los Pobres los que mandan, ya que no en vano son «nuestros amos y señores», y la Compañía ha de estar profundamente atenta a sus llamadas para conferir mandato a las que han de responder a ellas.

C) La sierva, según el espíritu de la compañía

Un servicio de amor sencillo y humilde

Hay una «vía por la que las Hijas de la Caridad han de dejarse conducir por el Espíritu Santo» (I, 10): la de la humildad, la sencillez y la Caridad evangélicas.

Las Contituciones recuerdan muy acertadamente que es *el Espíritu Santo, el Espíritu de Jesús, el que opera para conferir a la Hija de la Caridad su responsabilidad de «Sierva de los Pobres»*. Uno de los sentidos que ha adquirido en el contexto actual la palabra «carisma», radica indudablemente en esto: esa manera específica con la que el Espíritu de Cristo nos hace vivir el bautismo, nos configura con Jesús, para el servicio a la Iglesia, para contribuir a su Misión.

Por eso, cuando las Constituciones hablan de ese espíritu de la Compañía, hacen como una especie de *vaivén*, de ida y venida incesante entre Cristo y los Pobres: se trata de dejarse identificar con las actitudes de Cristo, Pobre, Servidor, «manso y humilde de corazón», Hombre de las Bienaventuranzas, y, por el mismo camino, de hacerse más cercana y solidaria con los más menesterosos (cf. II, 3).

Servicio y presencia

Esta dimensión de cercanía a los pobres es la que se nos quiere significar cuando se nos dice que la Compañía trata de «unir servicio y presencia».

¿Cómo se podría, sin este **maridaje**, trabajar por una promoción integral de los pobres, trabajar en esa promoción no sólo por ellos, sino con ellos?

Esta palabra «presencia» invita asimismo a asumir, a incluir el servicio corporal, la obra de humanización, dentro del servicio espiritual y con miras a la evangelización (cf. I, 11.

Por eso, las Constituciones van a puntualizar que las Hijas de la Caridad ven en esos pobres a los que sirven «a hijos de Dios, a hermanos y hermanas de quienes son solidarias»; a «maestros que les predican con su sola presencia», como dice Santa Luisa; a «señores a los que deben amar con ternura y respetar mucho». Pero «sobre todo, los Pobres les representan a Cristo»; de ahí que su servicio sea «al mismo tiempo que mirada de fe, puesta en práctica del Amor del que Cristo es fuente y modelo» (II, 1).

Puesta en práctica del servicio

Las Constituciones detallan esa «puesta en práctica» que hace pasar de continuo del amor afectivo al amor efectivo, hablándonos de:

- **la atención**, como base indispensable y primer paso de un servicio que apunta, precisamente, a la promoción integral del hombre: «atención hacia las personas, su vida, las realidades socio-culturales de los pueblos y atención hacia el Espíritu de Dios que actúa en el mundo»;
- **el sentido de la Justicia**, sin el cual el amor no sería más que una vana palabra y quedaría desfigurado, caricaturizado: «respetando las diversas situaciones, las Hijas de la Caridad colaboran con los



SOR JULIA RUIZ DE LA TORRE URRUTIA
HIJA DE LA CARIDAD

FALLECIDA EL DIA 20 DE ABRIL DE 1983 EN SEGOVIA, HOSPITAL DE LA MISERICORDIA, A LOS 86 AÑOS DE = EDAD Y 62 DE VOCACION.

EL P.DIRECTOR,SOR VISITADORA Y CONSEJO DE LA = PROVINCIA DE SAN VICENTE, SUS HERMANAS DE COMUNIDAD Y FAMILIARES, RUEGAN ENCOMIENDEN SU ALMA A DIOS.

que trabajan, siguiendo las directrices de la Iglesia, por promover sus derechos [de los pobres] y dan a conocer las llamadas y las aspiraciones legítimas de los más desfavorecidos que no tienen la posibilidad de hacerse oír»;

- **la actitud fundamental de «sierva»** que la Hija de la Caridad tiene que conservar en medio de todas sus actividades, junto con el desinterés más completo y el sentido de total gratuidad;
- **la inquietud constante por todo el hombre** que lleva a la Hija de la Caridad a confirmar mediante un voto especial su compromiso de servir a Cristo en los Pobres, siendo un mismo amor el que anima su servicio corporal y su servicio espiritual.

III. EL VOTO DE SERVICIO A LOS POBRES

A) Significación de los votos de las Hijas de la Caridad

Muy importante es observar cómo las Constituciones incluyen y asumen definitivamente el hecho de que

> «*Muy pronto en la historia de la Compañía, las hermanas expresaron el deseo de ratificar su don total a Dios por medio de votos, fuente de fortaleza, alianza que hunde sus raíces en el Misterio de la Iglesia*».

Y no lo es menos observar también que

> «*La Iglesia los reconoce* [*dichos votos*] *tal y como la Compañía los comprende en fidelidad a sus Fundadores*» (II, 5).

También leemos, consecuentemente, en las Constituciones

> «*Todas y cada una confirman personalmente su donación total al Señor en la Compañía por medio de votos anuales definidos por las Constituciones*» (I, 5).

Y cuando se trate de las aplicaciones prácticas en relación con los derechos y deberes de los miembros de la Compañía, encontraremos —también en las Constituciones—, por ejemplo:

> «*... Después de cinco años de vocación, y haber confirmado en el año su compromiso con la Compañía mediante la renovación de sus votos, las hermanas gozan de la voz pasiva para la Asamblea Provincial y de la voz activa para la Asamblea General*».

así como:

> «*Después de diez años de vocación y haber confirmado en el año su compromiso con la Compañía mediante la renovación de sus votos, las hermanas gozan de la voz pasiva para la Asamblea General*» (III, 13).

Repasando todas estas expresiones, nos encontramos en el centro mismo de la peculiaridad de la Compañía, de su nota específica. Como ya lo hemos dicho, es «la entrega total a Dios para el servicio a los Pobres y desde ese mismo servicio», lo que constituye esencialmente a la Hija de la Caridad, en referencia, evidentemente, con la Compañía de la que pasa a ser miembro

a partir de su admisión. Los votos que ha de hacer y renovar, llegado el momento, para seguir siéndolo, no hacen sino confirmar y urgir, como hemos dicho antes, esa entrega total en su peculiaridad. **No se es Hija de la Caridad porque se han hecho los votos; sino que se hacen los votos porque se es Hija de la Caridad y para serlo más y más, para serlo con mayor perfección:**

> *«La renovación anual de los votos permite a las hermanas afianzar su voluntad de responder a la vocación, al mismo tiempo que garantiza la estabilidad de su servicio a Cristo en la Compañía; supone un acto libremente hecho y siempre inspirado por el amor»* (II, 5).

De modo que cada vez que se trate de los votos, será necesario tener bien presente en el espíritu y el corazón esta perspectiva fundamental: tienen forzosamente implicaciones jurídicas, que no podemos ignorar ni quitarles importancia, pero esencialmente son *expresión de un amor que quiere llegar hasta las exigencias extremas de la radicalidad, dentro de la línea de la vocación;* son el término de un caminar espiritual que impulsa el compromiso de la Hija de la Caridad hasta el vínculo más sagrado entre Jesucristo y ella. Santa Luisa suele aludir con frecuencia a ese *«pacto»* entre el alma y Dios.

B) Algunas explicitaciones

A esta luz hay que interpretar el hecho de que las Constituciones —por petición expresa de la SCRIS (**)— hayan vuelto a adoptar el orden más clásico de enumerar los votos: Castidad, Pobreza, Obediencia y Servicio de los Pobres (II, 4).

Consejos Evangélicos

Por el momento, contentémonos con decir:

— Cuando el nuevo Derecho Canónico habla de las Sociedades Apostólicas, hace un acercamiento o aproximación, una especie de comparación (todo eso significa la palabra *«accedunt»* del C. 731) con los Institutos de vida consagrada. Esa aproximación es todavía más señalada cuando se trata —como es el caso de las Hijas de la Caridad— de sociedades que asumen los Consejos Evangélicos mediante un vínculo sagrado que definen las Constituciones.

— Pero, como lo hemos dicho al principio, el mismo Derecho Canónico señala que corresponde a cada Instituto definir, en función de su vida específica, la manera en la que esos Consejos Evangélicos han de ser observados por sus miembros. Y también hemos visto cómo indica que estos últimos han de tender a la perfección de su estado ajustando su vida al derecho propio de su Instituto.

Los votos

— Lo importante es que los cuatro votos de las Hijas de la Caridad han sido inscritos dentro de la línea de la peculiaridad de su vocación específica. Lo que expresa muy bien la fórmula aprobada, al empezar por estas palabras: «En respuesta a la llamada de Cristo que me invita a seguirle y a ser testigo de su Caridad hacia los Pobres...» Todo lo que sigue queda iluminado por estas primeras palabras.

— En cuanto al voto de Servicio a los Pobres, que es el voto especial, específico, de las Hijas de la Caridad, lo esencial es que aparezca como tal y

como el que comunica a los otros votos de Castidad, Pobreza y Obediencia su expresión de «entrega total al Señor» como Hijas de la Caridad.

— Si la palabra «privados» ha desaparecido del texto, dando paso a la expresión «no religiosos», observamos lo siguiente:

- La expresión «no religiosos», aunque negativa aparentemente, está, sin embargo, dentro de la línea del pensamiento de los Fundadores e ilustra lo que acabamos de decir acerca de la Compañía como Sociedad de vida apostólica, o «cofradía», para servirnos del apelativo original.
- Lo tenemos bien claro —en cierto modo, más explícito todavía— en el hecho de que «la Iglesia los reconoce [dichos votos] tal y como la Compañía los comprende en fidelidad a sus Fundadores».

C) El voto «especial»

> «*Con una inquietud constante por 'todo el hombre', las Hijas de la Caridad, por medio de un voto especial, se comprometen a servir a los Pobres corporal y espiritualmente, conforme a las Constituciones y Estatutos, ya de manera directa, ya indirecta, según lo estimen conveniente sus superiores para el bien común*» (II, 9).

El voto del Servicio a los Pobres es, por tanto, el voto «típico» de las Hijas de la Caridad, y en ese sentido, «su» voto por excelencia, ya que, como tal, está en relación directa con su vocación y con la peculiaridad de esa vocación, como lo hemos visto reiteradamente.

El contexto «conforme a las Constituciones y Estatutos, ya de manera directa, ya indirecta, según lo estimen conveniente sus Superiores para el bien común», nos invita a hacer unas puntualizaciones importantes. En realidad, se reducen a la idea de *pertenencia a la Compañía, de referencia a la Compañía.*

Muchos, afortunadamente, en nuestros días, quieren servir a los pobres, y muchos los sirven efectivamente, *cada uno a su estilo.*

Lo que importa, pues, es que las Hijas de la Caridad los sirvan *al estilo de Hijas de la Caridad.* ¿Qué sentido, si no, tendría su pertenencia a la Compañía? ¿Qué sentido, sobre todo, tendrían esos votos que hacen y renuevan «conforme a sus Constituciones y Estatutos»?... Es una cuestión de simple coherencia y de fidelidad: la de ser Hija de la Caridad y comportarse como tal en todo y por todo, empezando, evidentemente, por ese servicio a los Pobres que constituye el núcleo de su vida.

Para ese servicio, es la Compañía la que confiere mandato. Ahora, en el momento de recibir las Constituciones, es cuando principalmente tenemos que tomar conciencia de que, al dárnoslas, la Iglesia da carácter de oficial y auténtica a la contribución de la Compañía a su Misión universal. Es una fuerte interpelación, una recia exigencia para cada uno de sus miembros, que, con su propia fidelidad, está obligado a participar en la fidelidad de todo el cuerpo y hasta, en cierto modo, a suscitarla.

Por el hecho mismo; esto va acompañado de la convicción de que, desde cualquier puesto en el que esté llamada a trabajar, una Hija de la Caridad contribuye siempre al servicio de los Pobres desempeñado siempre por la Compañía. Así lo afirman las Constituciones:

> *«Las Hermanas enfermas y las mayores son parte activa de la misión por sus oraciones y sufrimientos»* (II, 20).

Bueno es, y a la vez necesario, que la Renovación sirva de ocasión para repetirnos todo esto y para adentrarnos más y más en la vía de una fidelidad cada vez mayor por ser más lúcida en sus convicciones y más firme en su amor.

Como San Vicente lo hacía con cierta frecuencia, podríamos terminar esta conferencia dirigiendo una mirada hacia la Santísima Virgen e invocándola. Bien dicen las Constituciones que la fiesta de la Anunciación ha sido escogida para la Renovación de sus votos en recuerdo de Santa Luisa que quiso con este gesto «asociar al Fiat de la Virgen María su propia donación y la de sus hijas» (II, 5).

Y puesto que hemos hablado primordialmente del Servicio a los Pobres, podemos también valernos de lo que dicen las Constituciones al respecto con expresiones de *Lumen Gentium*, la constitución dogmática sobre la Iglesia de Vaticano II:

> *«En su servicio, la Compañía se fija con razón en Aquella que engendró a Cristo... La Virgen fué en su vida ejemplo de ese amor maternal con que es necesario estén animados todos aquellos que, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la regeneración de los hombres»* (II, 11).

Estas palabras están muy indicadas para las Hijas de la Caridad y reciben de cuanto acabamos de decir una fuerza y un significado todavía mayores...

Padre Miguel LLORET, c.m.,
Director General

LAS CORRESPONSALES PROVINCIALES DE «ECOS»

El número de enero de *Ecos de la Compañía* anunciaba la creación de una Comisión de Redacción. Y para dar una dimensión mayor al trabajo de colaboración, las Visitadoras y sus Consejos han nombrado una corresponsal en cada Provincia.

El trabajo de estas corresponsales consiste en transmitir a la Secretaría de *Ecos* información sobre la vida de su Provincia:

— una relación de acontecimientos importantes en la historia de la Provincia, tales como celebración de Bodas de Oro o Centenario de Provincia, visita de los Superiores Generales, etc...;

— informes o comunicación sobre la vida de la Provincia: vida al servicio de los Pobres, vida de las comunidades, formación continua, etc...;

— «flashes», breves ojeadas sobre un punto determinado.

En su reunión mensual, la Comisión de Redacción examina los diferentes artículos llegados de las Provincias y entresaca los que han de publicarse en *Ecos*. La selección tiene como criterio poder proporcionar elementos de reflexión y permitir un conocimiento más emplio de la Compañía al hablar de Provincias diferentes a través de los artículos publicados.

Para este año 1983, la Comisión de Redacción ha pedido, además, a las Corresponsales que envíen un artículo redactado por una de las comunidades locales de la Provincia en el que explique cómo ha elaborado su proyecto comunitario y cómo lo ha vivido y revisado. Se espera poder, a fin de año, dedicar un número de *Ecos* a este tema.

Escuchemos a Santa Luisa



LA ORACION DE SANTA LUISA

(La primera parte de este artículo ha sido publicada en ECOS, núm. 3 de marzo de 1983.

Al salir de la noche oscura de 1625, Luisa de Marillac se adentra en la oración mística. Poco a poco y bajo la influencia de San Vicente, va encontrando y uniéndose a Cristo, Verbo hecho carne, presente en el Pobre.

e) El Encuentro con Cristo, Dios hecho Hombre

Durante todos estos años de dirección, San Vicente ha inculcado a Luisa de Marillac la necesidad del encuentro con Jesucristo. Ya no es Dios en su Unidad de Esencia el término de su oración. Es Jesús. Los temas de su meditación —lo hemos visto— probablemente insinuados por su director, están centrados en Jesús, hasta ponerle Luisa como el solo ejemplar de su vida...

También ha cambiado su método de oración. Aunque no aparece en sus escritos porque son resúmenes o conclusiones el método vicenciano, saca resoluciones prácticas muy concretas, al gusto de San Vicente...

El cambio ha sido profundo, haciéndonos pensar en una nueva vida... Hay momentos en que ora en el más puro estilo vicenciano:

> «*Vivamos, pues, muertos en Jesucristo y, como tales, nada de resistir a Jesús, no más actuar si no es para Jesús... y para el prójimo, a fin de que en este amor unitivo ame yo todo lo que Jesús ama*» (Autógrafo, núm. 23).

La persona de Jesús asume la presencia de la Divinidad... El Dios eterno e inmenso deja paso a la presencia *invisible* de Jesús en el alma... En El, el Creador se une a la criatura y, al mirar al hombre, ve a su Hijo y perdona y acepta las acciones de las criaturas, aplicándoles los méritos del Verbo...

En la Eucaristía

Metida en la oración y guiada por San Vicente, Santa Luisa tiene ideas claras sobre la Eucaristía. A las Hermanas les explica que la Eucaristía se realiza para redimir a los hombres y que la Eucaristía se constituye para santificarlos,

> «... *por la comunicación que su bondad (de Jesús) desea hacernos de todas las acciones de su vida...*» (Aut., núm. 71).

Así, la presencia invisible de Jesús se hace visible en la Eucaristía.

Dios responde a este deseo suyo de la Eucaristía dándole las grandes experiencias de la Divinidad en la recepción del Cuerpo de su Hijo. Ella lo comprende y detalladamente anota el momento:

> «... *el día de San Bernardo, habiendo comulgado... 'En la Santa Misa...'*» «... *el día de San Benito... habiendo rehusado comulgar...*» «*De tiempo en tiempo, especialmente en las grandes solemnidades... me hace temer acercarme a la comunión...*» «*El lunes, en la Santa comunión...*» «*Y al no dejar de comulgar...*»

La gran oración mística del desposorio se realizó después de comulgar (ver *Ecos*, marzo 1983, p. 127).

En los Pobres

Pero una mujer dirigida por San Vicente no puede ya prescindir de los pobres. El pobre pasa a ser el centro de su vida y aparece en su oración. Aparece como algo lógico y, por ello, unido a Jesús. Con todo, es un tema más

propio de la acción de Santa Luisa que de su oración. Su oración es para unirse con Dios y Dios es su objeto y su fin. El pobre no es el objeto de su oración, es el fruto. Como objetivo, será el centro de su acción, de sus conferencias, de sus cartas...

A través de la voluntad divina

... Cuando Santa Luisa comienza a ser dirigida por San Vicente, camina por esta tierra, como todos sus contemporáneos, 'envuelta en la voluntad de Dios'... en el concepto metafísico de la voluntad de Dios en sí misma y en la naturaleza divina. Proyectada en el hombre, es para la misión con Dios... El hombre se abandona en Dios que le posee... Sus palabras pueden ser: *designio eterno, abandono, unión*... Luisa sabe que Dios, desde la eternidad, tiene un plan sobre ella. A ella sólo le resta colaborar. Y por ello, impotente y pobre pecadora, se abandona enteramente al Espíritu Santo «para la entera realización del designio que desde toda la eternidad su santa voluntad ha tenido sobre su alma». A esta Voluntad se entrega y se sacrifica por siempre, escogiéndola por su soberano consuelo...

Y Santa Luisa escribe a San Vicente estas palabras:

> «*Su caridad me ha enseñado a amar la voluntad de Dios*» (20-3-1653).

Lo que le ha enseñado realmente ha sido una nueva visión de la Voluntad de Dios, la de San Francisco de Sales.

> «*Lea el libro del Amor de Dios, especialmente donde trata de la voluntad de Dios y de la indiferencia*» ... le escribe (Coste I, 85).

En este punto, Vicente es Salesiano... como se ve en la carta siguiente:

> «*Estoy seguro de que usted quiere y no quiere lo mismo que Dios quiere o no quiere, y que no está jamás en disposición de querer y no querer más que lo que nosotros le digamos que nos parece que Dios quiere o no quiere... Si Su Divina Majestad no le hace conocer, de una manera inequívoca, que El quiere otra cosa de usted, no piense ni se ocupe su espíritu en esa otra cosa. Déjelo de mi cuenta; yo pensaré en ella por los dos...*» (Coste I, 62).

... Luisa hace oración sobre la voluntad divina y hasta saca conclusiones, como le gusta a su director. Pero en un momento brota en ella una expresión que nos lleva lejos... El motivo es el mismo que encontramos en la conferencia de San Vicente (a los Misioneros, 7 de marzo de 1659). Es la frase de San Juan —IV, 34— «*Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió.*» Pero en San Vicente es una explicación sencilla para el *actuar;* en Santa Luisa, penetra su ser.

«*Voluntad Santa de mi Dios, ¡qué razonable es que se cumpla ente-*

ramente! Tú eres el manjar del Hijo de Dios en la tierra y, por ello, la que sostiene mi alma en el ser que ha recibido de Dios...» (Autógr., número 15).

II. LA MADUREZ ESPIRITUAL

El espíritu liberal y respetuoso de San Vicente aparece con más amplitud desde 1651 cuando los dos avanzan en edad. Ella tiene sesenta años y él setenta.

San Vicente la considera como una mujer ya avanzada en la perfección, una Hija de la Caridad que domina el arte del gobierno, una formadora impuesta en la dirección de las hermanas.

Luisa sigue admirando a su padre director y le sigue presentando su alma y sus escritos para que la advierta de sus fallos y la lleve a Dios.

Su padre y director, con ese espíritu que dan Dios y la ancianidad, percibe el camino propio por el que va su dirigida y colaboradora. Y ésta siente cómo revive en ella la espiritualidad de su juventud. De esta unión brota una nueva espiritualidad, la de la madurez.

La contemplación mística en esta madurez resalta en dos ocasiones: cuando ora sobre el *puro amor*, y en unos Ejercicios sobre el *Espíritu Santo*.

a) Práctica del puro Amor de Dios

En un momento de su vida, se siente embelesada con el amor más puro que puede existir en la creación. Es el amor divino en los hombres. Está expresado en unos folios sin fecha. Ciertamente están escritos después de la fundación de las Hijas de la Caridad, pues se dirigen a ellas. Corresponden a una fecha en que había llegado a lo más alto de la santidad. La unión de las dos espiritualidades que hemos visto en ella es perfecta. (Por eso sitúo dichos folios en la última etapa de su vida.) Santa Luisa los titula, en medio del escrito: Práctica del puro amor.

Muchos escritores del siglo XVII trataban este tema. Era la búsqueda del Amor de Dios en toda su pureza, *sin ningún interés personal, ni por el cielo* ni por el miedo al infierno...

Un siglo antes estas ideas habían conmovido a España. No se olvide el soneto

«No me mueve, mi Dios, para quererte...»

La santa va escribiendo cuidadosamente estos folios. Son fruto de varias meditaciones escritas para las Hijas de la Caridad, llamadas por Dios a una

perfección más alta que otras personas. Hace un esquema —que se conserva— y pone especial atención en su redacción punto por punto (Autógr. número 27).

Se apoya en Jn. 12, 28-34 y más concretamente en el versículo 32: «*Y Yo, cuando sea elevado de la tierra, lo atraeré todo a Mí*».

Llama la atención la moderación de su pensamiento, sin extremismos:

> «*A los pies, pues, de esta cruz santa y sagrada que yo adoro, es donde sacrifico todo lo que podría impedir la pureza del amor que Tú* (amado Esposo) *quieres de mí, sin que por ello pueda yo pretender jamás ningún gozo que no sea el estar sumisa a tu agrado...*»

pero como si le diera miedo lo que acaba de escribir, añade

> «*y a las leyes que la pureza de tu amor me propone...*»

Es un párrafo muy tenue. Ella expone como esencia y meta del puro amor el desprendimiento total de las criaturas y recalca la palabra «todo»:

> «*No os espantéis, mis queridas hermanas porque con esta palabra* todo *yo pretenda no exceptuar nada...*»
>
> «*¿Qué sería de nosotras si, viéndole con el deseo de atraernos hacia El, permaneciésemos tan fuertemente atadas a la tierra, que el peso de nuestros malos afectos prevaleciese sobre el poder de atracción de su puro amor?*»
>
> «*Porque si somos tuyas* —ora— *ya no seremos nuestras, y si pensamos ser tuyas, ¿no será un hurto usar de nosotras?*»

La presencia invisible de San Vicente domina todo el escrito

— por la moderación en las expresiones (cf. Repetición del 4 de agosto de 1655, XI, 215 —o Sig. IX/3, 132—);

— por el estímulo a la perfección a las Hijas de la Caridad (cf. Conferencia del 6 de enero de 1657, X, 242 —o Sig. IX/2, 843—);

— por la prudencia en no llegar al «quietismo» en una materia tan resbaladiza.

b) La Ternura de Dios

Llegamos al momento más profundo en la vida de oración de Santa Luisa. Sucede en unos Ejercicios entre la Ascensión y Pentecostés de 1657. Están fechados.

Por estos Ejercicios vemos que Santa Luisa está viviendo una oración totalmente suya... Es como un revivir la oración de los primeros años, como

volver a la oración de su juventud... sin que falte la aportación de San Vicente —la imitación de Cristo y el prójimo—. Entre otros elementos, pone ella el Espíritu Santo, recordando los dos grandes acontecimientos de su vida: la liberación de la «Noche pasiva» (1623) y la caída del piso momentos antes de una reunión.

Lo que escribe nos dice que su oración ha sido *contemplación* y no meditación.

Su propia frase es:

> «*Mi oración ha sido más de visión que de razonamiento...*»

Es, por tanto, de suma importancia, ya que ella es pasiva en la oración; es Dios quien se le hace presente y ella lo envuelve en un ropaje suyo. Es asimismo de lo más vivencial, ya que la contemplación es experimental.

Vuelve a meditar con los mismos conceptos que la emocionaban cuando conoció a San Vicente: la Esencia divina, su «ejemplarismo», el designio divino en el seno de la Trinidad, el desprendimiento.

La Esencia divina

Al volver a profundizar en el Ser de Dios, descubre... que ya en la eternidad Dios tenía el plan de unírsele íntimamente. Ante esta claridad exclama:

> «*¡Quitad mi ceguera, Luz eterna! ¡Dad sencillez a mi alma, Unidad perfecta!...*» (Meditación 3.ª).

... Al escribir su unión mística, Luisa exclama ante la venida del Espíritu Santo:

> «*¿Cómo vivir fuera de razón después de haberme entregado totalmente a la disposición de este bien infinito?*»
> «*Recibiéndolo, ¿no debería yo desear morir, Dios mío? ¡Vivir tanto cuanto os plazca, pero de vuestra vida, que es toda ella de amor! ¡Qué no pueda yo deslizarme desde este mundo en el océano de vuestro ser divino!...*» (Medit. 4.ª).

La frase es fuerte en una dirigida de Vicente de Paúl, en una mujer de tanta actividad.

El desprendimiento

Para llegar a deslizarse dentro del Océano del Ser de Dios, el alma debe vaciarse de sí misma y desprenderse de todo lo creado... aun de Cristo creado, admiten algunos autores. En la primera mitad del siglo XVIII hubo en Francia una disputa entre las carmelitas francesas de formación berulliana,

y las que habían venido de España, especialmente Ana de Jesús Lobera. Esta, siguiendo a Santa Teresa, no comprendía cómo podía haber contemplación pasiva si no era a través de Jesús.

Santa Luisa no se atreve a tanto... y pone una palabra, *ternura*, que suaviza la idea:

> «*Esto me ha enseñado el total desprendimiento de todas las criaturas e incluso de la ternura de su presencia* (de Jesús), *para que mi alma, al estar vacía de impedimentos que puedan servirle de obstáculo, El* (el Espíritu Santo) *la llene, con su presencia, de sus dones...*» (Medit. 3.ª).

Desprendida así de todo, sólo le queda vaciarse de su misma voluntad libre, que es lo único que es suyo, para pertenecer enteramente a Dios.

> «*¡Qué excelencia la del alma libre, que no siendo ya de ella misma, obra en todos los pensamientos, deseos y acciones, según la justicia de Dios!*» (Medit. 1.ª).

El Verbo Encarnado

Es corriente en Santa Luisa mirar el decreto eterno que se realiza en el tiempo e influye en nuestras vidas.

Este pensamiento aparece a lo largo de todos sus años de oración. Parece sacado de su experiencia personal. Dios tiene ya decidido, cuando nace, lo que pretende de ella, y ella sólo tiene que colaborar en la realización de este plan. Sabe que Dios quiere que vaya a El a través de la cruz. Es un convencimiento en su oración y una doctrina que inculca a las Hermanas. En esta gran contemplación de 1657, al meditar el misterio de la Encarnación, vuelve a extasiarse en el seno de la Trinidad:

> «*... el plan de la Trinidad Santa era, desde la creación del hombre, que el Verbo se encarnase, para hacerle llegar a la excelencia del ser que Dios le quería dar mediante la unión eterna que quería tener con él como la más admirable de las operaciones exteriores de Dios*» (Medit. 5.ª).

Ha visto, interpretando acaso a San Pablo, en Colosenses 1, 15-18, que el motivo de la Encarnación era la unión del hombre con Dios; y el Verbo se hubiera encarnado aunque el hombre no hubiera pecado...

Santa Luisa no se ha separado de San Vicente. Lo admiraba demasiado y confiaba plenamente en él. San Vicente no está ausente, no; su presencia se distingue en cada página del autógrafo.

Está presente por la moderación en doctrinas, tan abstractas, como lo había estado en las oración sobre el Puro Amor.

Está presente en la dirección cristológica que aparece a pesar de ser

unos Ejercicios sobre el Espíritu Santo. Suavemente Jesús aparece de vez en cuando en la oración. Son citas evangélicas que salpican las páginas; es el recuerdo de su ejemplo en la tierra; es la fundación de la Iglesia...

Pero lo que más gozosamente sobrecoge es que la contemplación se realiza a través de Jesucristo:

> *«Mi oración ha sido más de contemplación que de razonamiento, fuertemente atraída por la Santa Humanidad de Nuestro Señor.»*

San Vicente había hecho otra Luisa: la de los pobres. En estos Ejercicios también están presentes, y lo están en Cristo. La cita anterior sigue:

> *«... con deseo de imitarlo y honrarlo en la persona de los pobres y de todos mis prójimos, por haber aprendido en alguna lectura que El nos había enseñado la caridad para suplir nuestra incapacidad de dar a su persona algún servicio, lo cual ha penetrado mi corazón de una manera particularísima y muy íntima»* (Medit. 5.ª).

La última oración, como si el espíritu de San Vicente se uniera con el de Santa Luisa, nos presenta la fusión de los pobres con Cristo. Es una conclusión:

> *«Aprovechar todas las ocasiones que haya para hacer algún bien a mi prójimo; y que no sea únicamente con vistas a la recompensa que promete el Señor, como si se lo hiciese a El mismo, sino porque ese prójimo ha sido puesto en lugar de Nuestro Señor por un medio que su bondad misma sabe y que ha hecho entender a mi corazón aunque yo no lo pueda decir.»*

El Espíritu de Amor

La relación vivencial con el Espíritu Santo es una de las aportaciones de Santa Luisa a su espiritualidad. Es una parte totalmente suya, exclusiva de ella. El Espíritu Santo se presenta en su vida como algo esencial. Parece que se le siente cuando piensa y cuando ora, cuando se recoge a su interior y cuando actúa exteriormente.

La causa de esta vida en el Espíritu fue la noche oscura que pasó en 1623 y que el Espíritu Santo disipó el día de Pentecostés de ese año. Este motivo se afianzará diecinueve años más tarde, la víspera de Pentecostés, cuando por inspiración del Espíritu Santo saldrá de una sala segundos antes de que se hundiera. Tan fuerte fue la impresión que, contrariamente a sus reacciones habituales, no considera este hecho como un castigo por sus pecados, sino como un aviso que pretende Dios, más importante que su persona: que las Hijas de la Caridad tuvieran por Superior General al Superior de los Sacerdotes de la Misión.

Pero el tema del Espíritu Santo podría ser objejto de otro estudio...

Conclusión

Repitamos a guisa de conclusión:

San Vicente, al dirigir a Santa Luisa, se manifiesta como un maestro consciente de su trabajo: sabe llevar las personas a Dios según su modo de ser, sin violentarlas, acomodándose a ellas, a su personalidad y a su espiritualidad. El es un mero instrumento de Dios, el verdadero y único Director.

Padre Benito MARTINEZ, c.m.
Director Provincial de San Sebastián.



SEGUNDO TEMA DE REFLEXION

EL ESPIRITU SE MANIFIESTA

NACE LA COMPAÑIA

4 de junio de 1623

En el transcurso de «La Luz de Pentecostés» el Espíritu ha hecho entrever a Luisa de Marillac una comunidad de un estilo nuevo:

«Llegaría un tiempo en que estaría en condiciones de hacer voto de pobreza, de castidad y de obediencia.

Y que estaría en una pequeña comunidad en la que algunas harían lo mismo.

Entendí sería esto en un lugar dedicado a servir al prójimo, pero no comprendía yo cómo podría ser, porque debía haber movimiento de idas y venidas.»

(Escritos espirituales A. 2)

23 de mayo de 1655

Teinta y dos años después, en el transcurso de una Conferencia a las Hijas de la Caridad, San Vicente exclamará:

«¡Dios mío! ¿cómo se te ha ocurrido hacer la Compañía de la Caridad?

Tú no dijiste nada; nadie pensaba en ello, y tú decidiste hacer esta obra.»

(Coste X. 90 «Sig.» IX. 721)

¿Qué ha hecho Dios?

¿Qué han hecho Vicente y Luisa?

NOTA.—En algunos países, las Hermanas no tienen todavía la traducción de todos los escritos de los Fundadores. Por eso se citan los textos. A las Hermanas que tienen a su disposición los libros de Coste y los Escritos de Santa Luisa, se les recomienda que lean las Conferencias y las cartas mencionadas para situar debidamente los textos en su contexto.

EL ESPIRITU HABLA A TRAVES DEL ACONTECIMIENTO

Vicente y Luisa avanzan por el camino que les traza la Providencia. Cada día, acogen la novedad que se les manifiesta en *los acontecimientos.*

Uno de los *primeros acontecimientos* fue la llegada de las primeras jóvenes para el servicio de los Pobres en las Cofradías de la Caridad.

> *«¿Quién hubiera creído que iba a haber Hijas de la Caridad cuando las primeras llegaron a algunas Parroquias de París? ¡Oh no! hijas mías, yo no pensaba en ello, vuestra Hermana Sirviente tampoco lo pensaba, ni el Padre Portail. Era Dios el que lo pensaba por vosotras.»*
>
> (Conferencia del 14-6-1643)

Otro acontecimiento fue la petición hecha por las Damas de la Caridad: una formación de todas las jóvenes parecía necesaria para que los Pobres estuvieran mejor servidos.

Jóvenes del campo...

> *«Había algunas buenas mujeres a las que Dios les dio tal bendición, que desde entonces comenzaron a unirse y juntarse casi sin darse cuenta.»*
>
> (Conferencia del 12-1-1645)
> Ver la del 25-1-1643

Reunidas en torno a Luisa de Marillac...

> *«Fue tal día como mañana, cuando las primeras empezaron a vivir en comunidad aunque bien pobremente, hará como unos cinco o siete años.»*
>
> (Santa Luisa, Carta 7 bis)

Para aprender a servir...

> *«La Señorita Legras, a la que Dios había dado el celo de consagrar toda su vida a su gloria, se encargó de tomarlas (a las jóvenes) bajo su dirección para formarlas en la devoción y en la manera de servir a los Pobres. Y entonces se les proporcionó una casa.»*
>
> (Conferencia del 25-12-1648)

Imperceptiblemente, Vicente y Luisa caminaban con las primeras jóvenes, al ritmo del Espíritu.

> *«MARGARITA NASEAU fue la primera hermana que tuvo la dicha de mostrar el camino a las demás.»*

releer las conferencias de julio 1642 y del 24 de febrero de 1653 hablando de Margarita Naseau.

releer la carta circular de nuestra Madre del 2 de febrero de 1983.

«Respuestas en cadena»...

Las jóvenes van a venir de todas partes, de los pueblos de los alrededores de París, de la Isla de Francia, pero también de todas las Provincias de Francia. Para ser Hijas de la Caridad, para ser Sacerdotes de la Misión, los jóvenes van a París para encontrar al Señor Vicente y a la Señorita Legras.

Desde 1627, Luisa de Marillac habla ya a Vicente de Paúl.

«de una joven de veintiocho años de Borgoña, y de otra de veintidós que viene de Aubervilliers» (Carta 1).

En 1643, es Juana de Saint Benoît quien trae tres jóvenes de Colombes *«con tan buenas disposiciones que tienen un gran deseo de servir a los pobres por todas partes adonde se las quiera enviar»* (Carta 4).

La muerte precoz de María Bécu no desalienta a sus tres hermanos Benito, Humberto y Juan y a su hermana Magdalena que dejan su pueblo de la Somme para venir a servir a los Pobres.

Bárbara y Cecilia Angiboust llegan de los alrededores de Chartres.

Catalina Baucher viene de Epone (Seine et Oise) con sus hermanos Eloy, Marino y su primo Aubin Gontier.

De Angers vendrán Ana Vallin, Isabel Jousteau, las dos Perrine, Maturina, Marie Dillé, Renata Priot, María Gonain, y muchas más de nombre desconocido...

Enriqueta Gesseaume, una de las primeras Hijas de la Caridad verá llegar de Villiers sous Saint Leu, a su hermana Francisca, a su hermano Claudio, a su sobrino y a su sobrina Perrete Chefdeville.

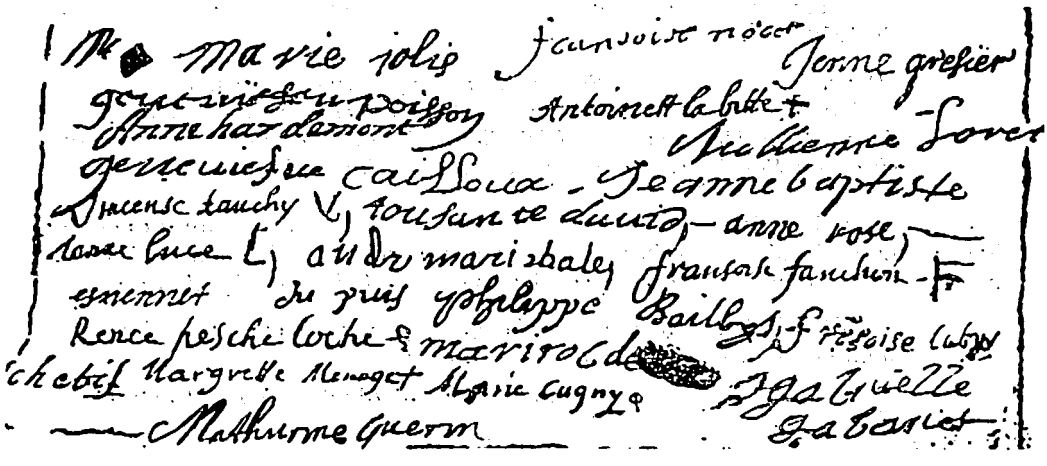
Catalina Huitmill y su hermano son originarios de Arrás.

Juana Delacroix de Mans, a pesar de la resistencia de su madre, será seguida de su joven hermana Renata, de Juana Pangoy, de Salomé...

Nicolás y Simón Manceau dejan Moselle para venir a París. Su hermana Francisca vino bien pronto a reunirse con ellos.

La familia Ménage de Serqueux en Normandía dejará que se vayan para entregarse al servicio de los Pobres cuatro hijas, de las cuales, una muere en Calais víctima de su abnegación...

Firmas de algunas de las primeras hermanas



... Para servir a los Pobres

«Estas buenas jóvenes, desprendiéndose de todo interés, se dan a Dios para el servicio espiritual y temporal de estas pobres criaturas que su bondad quiere que sean sus miembros.»

(Santa Luisa, Carta 9)

Vean también las cartas de San Vicente Coste I, 317, 331.
«Sig» I, 347, 358.

Las cartas de Sta. Luisa 65, 106, 45.

Las llamadas surgen de todas partes. En la Conferencia del 18 de octubre de 1655, San Vicente recuerda todas las llamadas a las que han ido respondiendo sucesivamente Santa Luisa y las primeras Hijas de la Caridad.

Ver Coste X. 121
«Sig.» IX/2. 746

«El Padre Lamberto que está en Richelieu, ha iniciado a la Señora de Combalet que es preciso establecer allí la Caridad, ya que esta última semana han muerto dos pobres mujeres sin asistencia. ¿Qué le parece, Señorita si enviásemos a Bárbara y a alguna otra? ¡Cuánto bien se puede hacer en aquel país!»

(San Vicente y Santa Luisa, diciembre 1637)

«Si se presentan (algunas otras jóvenes para la Caridad) escríbame, pues esta pequeña Compañía está en penuria de sujetos, tanto es lo que nos piden por todas partes.»

(San Vicente a un Sacerdote de la Misión)

... Las llamadas se hacen apremiantes

Vicente Auchy explica el origen de su vocación en la conferencia del 27 de abril de 1659.

«Después de Dios es a Sor Bárbara Angiboust a quien debo mi vocación. La casa en que yo vivía estaba en el mismo edificio que la de nuestras Hermanas en Richelieu, adonde ella fue la primera que vino con Sor Luisa Ganser para hacer la fundación...»

Allí donde las Hijas de la Caridad sirven a los pobres, allí donde los Sacerdotes de la Misión trabajan, los jóvenes perciben la llegada de Dios, se interrogan y piden comprometerse al servicio de Cristo en los Pobres.

«Sor Magdalena me había dicho que algunas jóvenes se habían presentado para el servicio de los Pobres.»

(Santa Luisa al Abad de Vaux. Carta 65)

LA REFLEXION SOBRE LOS ACONTECIMIENTOS

A lo largo de toda su vida, Vicente y Luisa reflexionarán sobre los acontecimientos para glorificar a Dios y sacar de ellos enseñanzas.

Reflexión del señor Vicente

El Señor Vicente en sus Conferencias a las Hijas de la Caridad, vuelve con mucha frecuencia, con alegría y entusiasmo, sobre los orígenes de la Compañía.

6 de enero de 1642
14 de junio de 1643
22 de enero de 1645
13 de febrero de 1646
30 de mayo de 1647
25 de diciembre de 1648
24 de febrero de 1653
24 de mayo de 1654
23 de mayo de 1655

¿Cuáles son las palabras,
Cuáles son las frases
que repite frecuentemente?

¿Qué convicciones
se desprenden de ella?

Reflexión de Vicente de Paúl

Luisa de Marillac, al examinar todos estos acontecimientos, contempla sobre todo la acción de Dios.

«Esta tarde he tenido un pensamiento que me ha alegrado, es que, como por la Gracia de Dios, son mejores que en los comienzos.
Carta 7 bis

¿Cuáles son las semejanzas
que ustedes perciben

ver en el libro gris:
Estima de la vocación, p. 839
«Castañares», p. 204
Amor a la vocación, p. 841
«Castañares», p. 206

entre estos textos
y la Luz de Pentecostés?

REFLEXION DE LA HIJA DE LA CARIDAD EN 1983

«El Amor es inventivo hasta lo infinito»

(San Vicente)

★ Llamados a servir a los Pobres, los Fundadores y nuestras primeras Hermanas vivieron plenamente el mensaje evangélico:

- ¿A qué páginas del Evangelio podemos asemejar estos acontecimientos de los orígenes?
- ¿Cómo nos interpelan todavía hoy estos textos evangélicos?

★ Volver a las fuentes, releer los orígenes interpela a cada Hija de la Caridad:

- ¿Qué preguntas despierta en nosotros esta relectura de los orígenes
  - — ¿para nuestra vida de Hija de la Caridad?
  - — ¿para nuestra relación con los jóvenes?
  - — ¿para nuestro servicio a los más necesitados?
- ¿Qué atención prestamos al Espíritu que actúa en el mundo?
  - — ¿encuentra en nosotras escucha, disponibilidad, creatividad?

El Viento sopla donde quiere
Y tú, oyes su voz,
Y tú no sabes de donde viene
Y tú no sabes adonde va
El Viento...

(Akesimas, Pain. Rompu)

UNA CARTA DE SANTA LUISA

VISITA REGULAR

El anuncio de la Visita

Hoy, 8 de mayo (1647)

Mis queridas Hermanas:

Sor Juana Lepintre va a verlas de parte del Señor Vicente, y creo que su Caridad me hubiera enviado a mí si hubiera estado más repuesta de mi grave enfermedad.

Con esta carta, Luisa de Marillac anuncia a las Hermanas de la Comunidad de Nantes, la visita regular. Para hacerla, Juana Lepintre ha recibido la delegación del Superior General, Señor Vicente. Va, pues, enviada a Nantes con una misión especial.

Luisa de Marillac no hace a las Hermanas la presentación de la «Visitadora», porque, efectivamente, ya la conocen. Antes de salir de París para Nantes, todas ellas han permanecido más o menos tiempo en la Casa Madre y, por tanto, recuerdan que Juana Lepintre había sido escogida para sustituir a la Señorita durante el viaje de ésta de julio a septiembre de 1646.

Los motivos de la Visita

¿Y saben el por qué (de esta visita), queridas Hermanas?

Es para saber por ustedes mismas las disposiciones en que se encuentran y de dónde pueden proceder los pequeños disturbios que se dan en su comunidad y cómo ha podido introducirse en ella la cizaña que parece querer sofocar al buen grano.

La Visita regular va a permitir conocer mejor a cada una de las hermanas y a la comunidad. Va a ayudar a ver con mayor claridad las dificultades que han surgido en el seno de la comunidad de Nantes.

A finales de marzo, Luisa ha recibido, una tras otra, varias cartas que le comunican el sufrimiento de las hermanas. Se han formado dos partidos: tres por un lado, apoyadas por el capellán del hospital; otras tres por otro, unidas a la Hermana Sirviente Sor Isabel Mastín. Esta, de escasa salud, se encuentra destrozada con tal situación tan contraria al espíritu de las Hijas de la Caridad. Ha pedido a una de sus compañeras, Sor Claudia Brígida, que escriba a la Señorita porque tan grande era su dolor que no le dejaba hacerlo a ella misma. Sin embargo, unos días después, reacciona y toma la pluma. Envía una larga carta de cuatro páginas en la que comunica su desconcierto. Por su parte, también el capellán ha escrito exponiendo la situación.

El Señor Vicente y la Señorita se han quedado perplejos al recibir esa correspondencia... De modo que sólo en unos meses se ha deteriorado la vida de comunidad, han aparecido tensiones, se han cruzado palabras desagradables, ha quedado rota la caridad!...

Luisa de Marillac se siente responsable de tal situación. ¿Habrá preparado lo bastante a las hermanas? ¿Las había escogido tras suficiente reflexión? ¿No son, acaso, sus propios pecados la causa de estas dificultades entre sus hermanas? Como Cristo, víctima inmolada por los pecados del mundo, así Luisa querría tomar sobre sí la carga de toda la pena de sus hijas.

> *¡Ah! queridas hermanas. ¡Cuántos motivos tengo para temer que hayan sido mis malos ejemplos los que hayan ocasionado tan enojosas impresiones en sus almas! Si así es, háganme la caridad de pedir perdón a Dios por mí y de perdonarme ustedes también, portándose mejor que lo que han visto ustedes en mí, para no contristar a nuestro buen Dios, dando a su enemigo lo que en ustedes le pertenece a El, y para no perder las recompensas que su bondad promete a los que ejercen las obras de misericordia hallándose en gracia supa; porque rechaza los más grandes presentes de los que están llenos de su propia voluntad.*

El desarrollo de la Visita

> *Pueden ustedes, pues, hablar con toda confianza a nuestra Hermana, la que, a su regreso, nos transmitirá fielmente lo que ustedes le hayan comunicado; porque, en definitiva, queridas hermanas, tenemos que ser de Dios y completamente de El. Y para serlo, tenemos que arrancarnos de nosotras mismas.*

Es la primera vez que las Hermanas van a vivir la experiencia de una visita regular. Luisa de Marillac les explica cómo deben habérselas con la «Visitadora».

Es de gran importancia el que le hablen con toda confianza, con toda sencillez y lealtad. La visita es un «tiempo fuerte» de la vida comunitaria. Tiene que ser la ocasión que permita a cada una de las hermanas detenerse y cuestionarse acerca de su vida totalmente entregada a Dios. Tiene que per-

mitir también a la Comunidad revisar y puntualizar de nuevo su proyecto comunitario con miras a un servicio mejor a Cristo en los Pobres, en comunidad fraterna.

Juana Lepintre hará un iuforme de la visita al Sr. Vicente y a la Señorita, es decir, al Superior de la Compañía y su Consejo. La visita es, además, un medio de información y conocimiento, puesto a disposición de los Superiores.

La preparación

> *Y créanme, tenemos que echar una sonda a nuestros males, sin pretender engañarnos, y veremos que ese amor desmedido a nosotras mismas es nuestro mayor enemigo y la causa de que encontremos tantas quejas que dar de los demás, deseando en todo nuestra propia satisfacción.*

Para explicar a las hermanas cómo han de prepararse para la visita, Santa Luisa emplea una expresión muy del siglo XVII: «echar la sonda», lo que significa «explorar, tratar de saber». De esa forma, cada una en la oración, de cara a Dios, intentará ver con claridad la situación presente.

— «¿Qué es lo que me ha hecho actuar? ¿No ha sido el buscar mi propia satisfacción? ¿O bien el deseo de entregarme por completo a Dios?»

— «¿Qué me ha impulsado a hablar? ¿El deseo de sobresalir? ¿O el de estar atenta a los demás?»

A este examen personal, a esta revisión de vida, es a lo que Luisa de Marillac invita a cada una.

> *«Aquí tienen una carta del Sr. Vicente, de la que deben hacer gran aprecio, ya que Dios le ha proporcionado tiempo para escribirla aun en medio de tantos asuntos graves y serios como le ocupan.»*

Luisa de Marillac se ve interrumpida en su carta porque el Señor Vicente le envía en ese momento la que él mismo ha escrito a las hermanas de Nantes. Pide a la Señorita que la lea y la mande con la suya.

Y Luisa interpela a las hermanas ¿Qué aprecio van a hacer de tal carta? ¿De las reflexiones y advertencias que les hace su Superior General? Como todo Superior, el Señor Vicente ha sido puesto por Dios en su camino para ayudarlas a que avancen hacia una entrega más total a Dios...

> *«Tengo que decirles, queridas hermanas, los pensamientos que esta carta me ha inspirado al leerla. La bondad del estilo, el hacerles recordar las gracias que Dios les ha concedido, a ustedes y a*

nosotros también, y las instrucciones que su caridad les da con tanta suavidad, me han llenado de un espanto que no es para dicho al acordarme de las veces que, por medio de él, Dios nos ha advertido nuestras obligaciones; otras tantas ha sabido y querido olvidar nuestras faltas y negligencias, no casándose de alentarnos y estimularnos, ni de cuidar paternalmente de nosotras. Tomándose para ello todo el trabajo necesario como si lo mereciéramos... Y ¿qué hemos dado como fruto, tierra ingrata, que eso somos? No otra cosa que disgustos, tierra ingrata, por nuestras infidelidades hacia Dios, para quien quiere conquistarnos. A veces, ha habido miembros de la Compañía que se han separado de ella o han cometido grandes faltas contra su vocación; otras, ha sido todo el cuerpo el que ha degenerado. Todas somos unas necias.

Parece como si las advertencias que Dios ha querido hacernos no hubieran sido sino golpes dados al aire, y lo que es peor es que, habiendo sido pronunciadas ante Dios y los Angeles, nos servirán de confusión el día del juicio.

Prosiguiendo su reflexión para preparar la visita, Luisa va a comentar a continuación la larga carta del Señor Vicente (publicada por Coste, III, 174).

La tentación es un camino normal para quien quiere seguir a Cristo llevando tras El la Cruz. La tentación, como explica el Señor Vicente, puede venir del exterior, pero también de las compañeras o de la Hermana Sirviente. Luisa prolonga la meditación contemplando a Cristo vencedor de la muerte, Cristo resucitado. Invita a las hermanas a que entren en el misterio Pascual.

«¿No es con toda razón como se ha visto mi corazón presa de espanto y de temores muy fundados? Y no piensen que les digo esto para amedrentarlas ni dirigiéndome sólo a ustedes: Me lo digo a mí misma y a todas las que, con ello, han hecho mal uso de nuestra santa vocación. Les ruego a todas, por la muerte de nuestro amado Maestro, que se renueven en su Resurrección y reciban la paz que tantas veces nos ha dado en la persona de sus Apóstoles. Pero fijémonos que no se la da en la ociosidad, sino en el trabajo y el recuerdo de las llagas que por nosotros padeció: enseñándonos así que no podríamos tener paz con Dios, con el prójimo y con nosotros mismos si Jesucristo no nos la diera, y que no nos la dará más que por los méritos de sus llagas y sufrimientos; y éstos no nos serán aplicados si no es por medio de la mortificación de nosotras mismas, mortificación que llegaremos a adquirir si le imitamos, haciendo la santísima voluntad de Dios.

El Señor Vicente ha recordado la grandeza de la vocación, la santidad del estado de vida al que Dios ha llamado a las Hijas de la Caridad. Luisa de Marillac propone a las hermanas que mediten en la llamada que un día oyeron y a la que dieron su respuesta. Dios mismo es la fuente de nuestra fidelidad.

«¡Qué felices son ustedes en comparación de tantas otras de diferente condición! Y no sólo me refiero a jóvenes pobres sino a otras personas de buena posición a quienes gustaría verse empleadas en el servicio de Dios y de los pobres que quisieran hacer la voluntad de Dios y que se las ayudara a ello y no llegan a tener ese consuelo. Y a ustedes nada les falta, pero no parecen estar contentas; al contrario, en vez de servirse de los medios que Dios les proporciona, los desdeñan.

Perdónenme, queridas hermanas, si el gran afecto que las tengo me hace hablar así. ¡Cuántas veces cometo yo faltas semejantes a las que estoy afeando! Pero de veras quiero ser fiel a Dios y pedirle su gracia para conseguirlo.»

Las conclusiones de la Visita

«Hagan esto: aprecien y lean con afecto sus reglamentos e instrucciones, con deseos de llevarlos a práctica y de trabajar en su cumplimiento firmemente por amor de Dios. Sobre todo, válganse de las advertencias que Dios les hace, quizá por última vez, acerca de lo que pide de ustedes.»

Según el sencillo método del Señor Vicente, toda revisión, todo examen sobre la vida, debe concretarse en unas resoluciones. Luisa de Marillac sugiere algunas:

— «Lean los reglamentos e instrucciones (es decir, las Constituciones, las Circulares de los Superiores). Una lectura frecuente, reiterada permite impregnarse mejor de su contenido, comprenderlas mejor.

— Pónganlas en práctica, trabajen en conciencia. Una reflexión comunitaria tiene que servir para concretar los puntos particulares en los que es necesario fijarse y esforzarse. Tal es la función del proyecto comunitario bien reflexionado, construido y revisado entre todas.

«No es, queridas hermanas, que haya pensado amenazarlas con los castigos de Dios. Pero temamos, ustedes y yo, su indignación si llegamos a descuidar el cumplimiento de su santísima Voluntad en la que y por la que soy toda de ustedes, queridas hermanas, y espero de su bondad serlo por siempre. Pídanle que use de misericordia conmigo, ya que soy en Su Santísimo Amor, mis queridas hermanas, su humilde y pobre hermana y servidora.»

Louise de Marillac

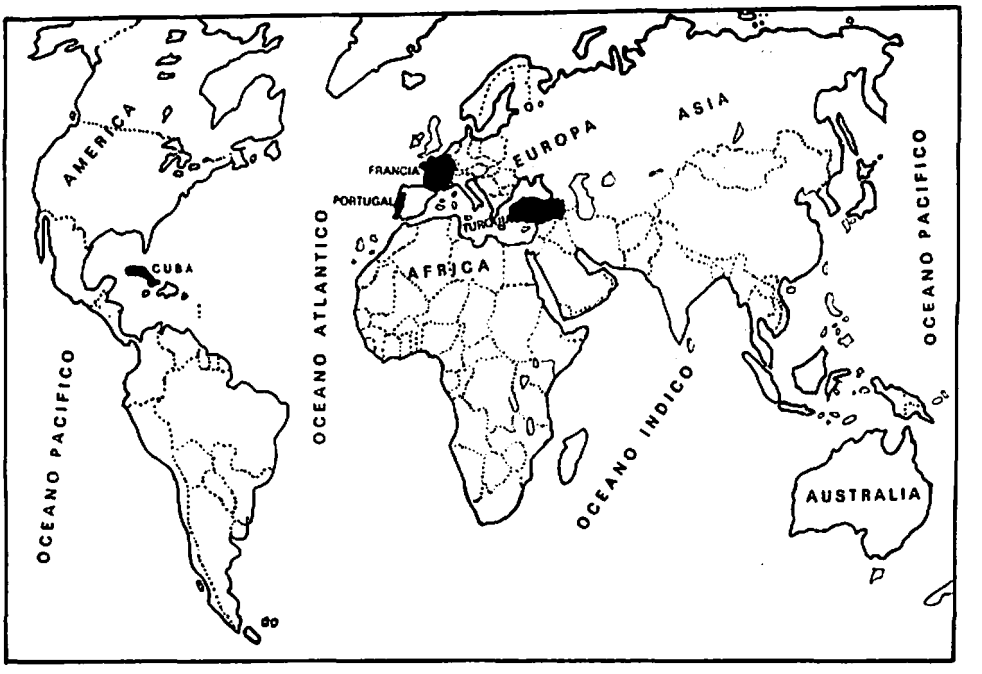
En la conclusión de su carta, Luisa deja traslucir su propio sufrimiento. El año de 1647 fue para la Compañía de las Hijas de la Caridad, año de crisis, de crisis de identidad, podría decirse. Fueron muchas las Hermanas que durante dicho año marcharon a sus casas. Luisa se siente responsable de todas esas defecciones y ve en ellas un castigo de Dios. Las líneas anteriores, transidas de dolor dejan ver, sin embargo, cuánto desea Luisa de Marillac adherirse a la Voluntad de Dios a imitación de Jesucristo, el Verbo hecho carne.

Años después, en una meditación sobre la obediencia, habría de escribir:

«¡Santa Voluntad de mi Dios! Cuán razonable es que se os cumpla enteramente... Concededme esta gracia, oh Jesús mío, por el amor que me tenéis y por la intercesión de vuestra Santa Madre que amó tan perfectamente los efectos de esta amable Voluntad.»

(Ver Constit. 2.8)
Carta núm. 174 - Comentario de Sor Elisabeth,
Hija de la Caridad.

Ecos de las Provincias



PROVINCIA DE CUBA: Sor Rosalía Feito Jorge

Sor Rosalía Feito nació el 15 de noviembre de 1910 en Santa María del Rosario, Provincia de La Habana, Cuba. Ingresó en la Comunidad el 11 de mayo de 1934, tras haber hecho el Postulantado en el Sanatorio «Santa Luisa de Marillac» en Isla de Pinos. Después de la Toma de Hábito fue enviada a la Casa de Beneficencia y Maternidad de La Habana. Puede decirse que allí transcurrió lo mejor de su vida. ¡Con qué alegría contaba los niños que le había sido dado recibir por el «torno»: 87!... Como ella misma decía, había sido «una madre fecunda», porque quería a «sus» niños con singular predilección.

En noviembre de 1964, recibe el nombramiento de Vice-Visitadora, y poco después, en enero de 1965, la Provincia de Cuba quedaba canónicamente erigida.

El nuevo cargo de Visitadora iba sin duda a aumentar su trabajo y preocupaciones, pero desde el Seminario, Sor Rosalía se había propuesto «... ser santa. Para ella, el ideal de toda Hija de la Caridad es dar gloria a Dios mediante la observancia de los mandamientos, la práctica de los consejos evangélicos y la pronta y decidida voluntad de servir a los Pobres, nuestros verdaderos señores...»

Al cabo de su mandato de doce años, estaba dispuesta, más aún, deseosa de dejar el cargo. Solía decir: «La Provincia necesita una persona más joven, con una mirada nueva.» Pero los Superiores juzgaron necesario, dada la situación política del país, prolongar su mandato. Aceptó Sor Rosalía con la fe y disponibilidad que caracterizaron su vida entera, y permaneció por espacio de quince años en el duro puesto de Visitadora.

Durante los años más difíciles, supo «animar» y dirigir la Provincia con prudencia y rectitud. Decía en una carta:

> *«Nos encaminamos hacia un porvenir difícil. Sin embargo, recomiendo calma, confianza, serenidad; nuestra manera de vivir la pobreza es compartir las dificultades y sufrimientos de las demás gentes del país y preguntarnos con la misma inquietud que ellas qué será el día de mañana... Esté tranquila, estamos bien, no tememos el porvenir, Dios nos da fuerzas y contamos con el apoyo de las oraciones y sacrificios de nuestras Hermanas, que son las que nos sostienen...»*

Escuchemos lo que dice una Hermana: «En una situación como la nuestra, Sor Rosalía se esfuerza por enseñarnos prudencia, desprendimiento, aceptación de la voluntad de Dios, sentido del sacrificio... cosas todas que, de faltarnos, el servicio a los pobres no pasaría de ser mera obra humana, ya que el trabajo apostólico no adquiere su verdadera dimensión más que si, en lo concreto de cada día, llega a traducir un único Amor de Dios y una entrega total a Jesucristo.»

De los quince años pasados como Visitadora acostumbraba sólo a referir lo que había sido motivo de gozo, porque se había propuesto «sufrir en silencio». Indudablemente su amor a «la amada Pequeña Compañía», como siempre la llamaba, le hacía compartir de cerca con los Superiores Generales penas, dificultades y también alegrías. Sentía por ellos profunda veneración: «Tengo que estar unida a mis Superiores, viendo a Dios en ellos. Les obedeceré y respetaré, especialmente ante los de casa y los externos, y trabajaré, siguiendo sus indicaciones con sencillez y fidelidad, en la observancia de las Reglas y Constituciones.»

En 1979 nombran la nueva Visitadora. Y cuando Sor Rosalía pensaba tomar algún descanso, en la primera reunión del Consejo se le pide un nuevo sacrificio, al que generosamente se presta con toda sencillez, como si no hiciera nada de particular. Se trata, sin embargo, de emprender una misión nueva para ella. El Señor quería completar su corona... Nunca había estado con ancianos, y sencillamente acepta marchar como Hermana Sirviente al Hogar de Bejucal.

En el momento de confiarle tal destino, nadie sospechaba que Sor Rosalía estaba afectada por un mal sin remedio que iba minando sus fuerzas poco a poco. Nunca lo había dicho, porque «pedir a Dios una vida sin sufrimientos, no es digno de un cristiano 'que tan alta dicha espera' durante la eternidad...» Es verdad que sus fuerzas disminuían día por día, pero no así su expresión alegre... Si su salud inspiraba temores y los médicos trataban de hacer lo posible por conservarla, ella por su parte seguía la vida ordinaria, dándose infatigablemente a las Hermanas y a los Pobres, tan amados. Sus dolores y sufrimientos debían de ser atroces, pero sabía disimularlos, ocultarlos con una serenidad de alma, una paz y una alegría que conservó hasta el último momento.

El 26 de diciembre se levanta temprano y, con toda la Comunidad, participa en la Santa Misa, a la que también asisten los ancianos, radiantes de felicidad por verla... aunque sólo hacía dos días que no iba por el hogar. Pero su ausencia les sorprendía, les inquietaba, echaban de menos sus palabras de aliento y comprensión, sus muestras de delicadeza. Están, pues, felices por haberla visto. También lo está ella...

El 27 parecía seguir mejor... hasta que llegó aquel día 28 en que pronuncia sus últimas palabras:

«Lo ofrezco todo por la Iglesia, por la Comunidad, por los pobres.

Hoy es un gran día, ¿no oyen esa música tan bella?...»

Es que Sor Rosalía está empezando a gozar de su Cielo, ese Cielo que la aguarda... porque la música era sólo para ella.

Y en la noche del 29 al 30, sin agonía, sin espanto por la muerte, se duerme en el Señor. Tenía setenta y dos años.

Los días pasados junto a Sor Rosalía nos han proporcionado tema de profunda reflexión. Han sido verdaderamente una gracia de fortaleza y consuelo que nos ha proporcionado el Señor. Recordamos entonces lo que un día nos dijo: *«yo no quiero morirme sola»*. Efectivamente, Dios le concedió morir rodeada de sus Hermanas y bajo el mismo techo que los Pobres de los que el Señor la había encargado.

Una muerte no se improvisa. Sor Rosalía la había aceptado, desde tiempo atrás, con plena lucidez y llena de paz. Aquella su prontitud en la entrega de su vida, aquella serenidad, suponían un estar familiarizada con la idea de *su* muerte, que había sabido integrar en su vida como la celebración del encuentro supremo con el Señor.

Una santa Hija de la Caridad, fiel a la Iglesia y a la Compañía, alegre y delicada, fuerte y llena de serenidad y confianza, humilde y entregada totalmente... Tal es el recuerdo que conservamos de nuestra amada Sor Rosalía.

EN CUBA TAMBIEN: Visita del Padre McCullen, Superior General

El día 27 de enero de 1983, llega nuestro Superior General, acompañado del P. Rigazio, quienes procedentes de Panamá, se proponen pasar unos días con nosotros. Sin duda, ya nos veníamos preparando, a pesar de la incertidumbre de si podrían o no venir: he aquí una de nuestras formas de pobreza «no sabéis ni el día ni la hora». Pero felizmente llegaron.

Con gran entusiasmo, a pesar del dolor que embarga a toda la Provincia por la muerte reciente de Sor Rosalía Feito Jorge, nos dispusimos a recibirle.

Hermanas de todas las Casas, junto a nuestros Hermanos en San Vicente, acudimos al aeropuerto «José Martí», donde ambos visitantes fueron recibidos por Autoridades del Gobierno. Fue algo especial este recibimiento; algo insólito, diríamos, para las Hijas de la Caridad que «no somos gente de protocolo». Sin embargo, reinó un ambiente fraterno en el rato en que esperábamos la entrega de Documentos.

La impresión de todas: una alegría profunda al ver que nuestro Superior General ha querido visitarnos. Hombre sencillo, cercano, con una cualidad, se decía, pero que nosotras detectamos en seguida: «quiere mucho a las Hermanas.» Se le veía alegre... Después del recibimiento, ¡cada uno a su casa! El resto de la tarde y el día 28 los dedicó de lleno a los Padres, incluyendo el almuerzo en la Nunciatura Apostólica.

El día 29, recibimiento en la Casa Provincial e inmediatamente reunión con el Consejo para recibir una información general de la Provincia. A las doce, celebración eucarística en la que participaron Hermanas de todas las casas de la Provincia... Por la tarde, el mayor número posible acudieron para escuchar el mensaje que Cristo, a través de San Vicente y en la persona de nuestro Superior General, nos quiso transmitir.

El domingo 30, volvió a la Casa Provincial para presidir una Misa Concelebrada en la que participaron amigos de las Hijas de la Caridad. Después de la celebración, los niños de la Catequesis que radica en la Casa Provincial dieron la bienvenida al sucesor de San Vicente, con palabras infantiles, pero de profundo contenido cristiano. El agradeció el saludo, tanto de los niños como de los mayores, y providencialmente cada uno encontró en las palabras de nuestro Superior una respuesta a sus inquietudes de «hoy» y «aquí». Emocionados, así se lo hicieron notar.

En el Hogar de Ancianos «Santa Susana», en Bejucal, encontramos al personal de la Casa en profundo silencio: silencio de dolor, tan reciente tenían la muerte de Sor Rosalía Feito , pero silencio de alegría también y de agradecimiento. La Divina Providencia permitió que nuestro Superior trajera consigo la carta de felicitación por Navidad, recibida de Sor Rosalía, quien antes de fallecer, había preparado este encuentro y bienvenida. Después de compartir la Eucaristía, el Padre Mc Cullen recorre la casa para ver a los Ancianos que no habían podido asistir a Misa. Las Hermanas, no digamos lo felices que estaban de tener al Superior General. A todos dejó un mensaje rico de contenido.

En el hospital Antileproso, la Comunidad y los Enfermos darían una bienvenida original con el canto: «Demos gracias al Señor, demos gracias...», que caló muy hondo en nuestro Superior General, y así lo hizo notar. Las expresiones posteriores de los enfermos eran:

«Este sí que es un hombre de Dios:
me ha estrechado las dos manos,
me ha pasado la mano por la cara,
¡Qué paz tiene en su rostro!»

Todos los que conocemos a estos enfermos sabemos cómo se fijan, en estos detalles, a los que dan gran importancia...

Al llegar al Hogar de Ancianos San Francisco de Paula, un recibimiento «internacional» hizo decir al Superior General : «hay que cambiar el nombre a esta Casa. ¿Qué idioma se habla aquí?» Y es que le recibieron con palabras en inglés, en francés y, claro está, en español. Luego de su recorrido, dirigió palabras de aliento a las Hermanas, que se decían: «parece conocer cuáles son nuestros problemas; ¡qué bien nos ha hablado!»

También las tres Hermanas del Seminario y las cuatro Postulantes se reunieron con el Padre para escuchar su mensaje, que les ha dejado un grato y profundo recuerdo que marcará sus vidas.

Ya de camino hacia el aeropuerto, el día 31, el P. Mc Cullen se vio acompañado por su gran amigo, hoy Secretario de la Nunciatura Apostólica en Cuba, que, providencialmente, había regresado la víspera. Como el recibimiento, la despedida fue también «de protocolo». Vale la pena el sacrificio que ello implica para las «hijas de S. Vicente» ante la visita del Superior General, que nos ha dejado una huella de amor, y un sentirnos más obligadas hacia los que conducen la doble familia vicenciana por los caminos que un día trazara Cristo a San Vicente de Paúl y Santa Luisa de Marillac.

¡Gracias, Señor, desde lo más íntimo de nuestros corazones, porque sentimos que caminas junto a nosotras!

Una Hija de la Caridad de Cuba

PROVINCIAS DE FRANCIA: Envío a Misión

El 7 de febrero, las cinco Hermanas del Seminario de París, en el transcurso de una Vigilia de Oración, recibían las Instrucciones» de Nuestra Madre antes de marchar cada una a su misión respectiva.

Esta tarde un nuevo trecho de camino se abre ante ustedes... Lo único que saben es que la gracia de Dios las acompañará al recorrerlo, ya que si lo emprenden es para responder a su llamada. La Compañía y la Iglesia las envían a su misión y, en esta tarde, a cada una de ustedes digo esas palabras que a veces nos ofrecen algunos textos litúrgicos:

«Ve, hija de Dios, ve apoyada en la gracia que se te da.»

Marchan ustedes para ser y para hacer lo que Dios, desde toda la eternidad, tiene previsto sobre cada una, es decir, según San Vicente, para ser siervas de Jesucristo en los Pobres y cumplir las funciones propias de esa misión, tal y como las recomendaba Santa Luisa.

En adelante, su identidad completa lleva el título de:

Hija de la Caridad, sierva de los Pobres

Penétrense de la importancia del nombre que llevan. Hija de la Caridad, es lo mismo que decir Hija del Amor de Dios. Y esta primera parte del nombre, sólo ella, es la que nos permite añadir la segunda: Sierva de los Pobres. Sólo en nombre del Amor de Dios pueden ustedes dirigirse a los Pobres para servirlos. Este nombre que nos dieron los Fundadores transcribe el primer mandamiento:

«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todas tus fuerzas.»

Este es el primero y mayor de los mandamientos.
Y el segundo es éste:

«Amarás a tu prójimo como a ti mismo.»

No hay mandamiento mayor que éstos (Mc. 12, 28; Lc. 10, 25; Mt. 22, 37).

Somos siervos únicamente porque nuestra vocación es una vocación de Amor. En su vida diaria no separen nunca, o mejor dicho, unan siempre:

Amor y servicio,
Amor y humildad,
Amor y dependencia,
en esto estriba la vida de siervas.

Ahora bien, sólo en la oración podrán ustedes asumir las tensiones que exige, cada día, esta fidelidad. Guárdense de la tentación de amar menos...

Esta mañana, pensando en ustedes y en San Vicente cuando se dirigía a las primeras Hermanas para enviarlas a una nueva misión en los comienzos

de la Compañía, me he sentido apremiada a decirles lo que él mismo repetía con más frecuencia a nuestras antecesoras: *Humildad* y *Mortificación.*

Humildad y Mortificación encuentra pleno sentido en el Amor... y ambas son indispensables para el servicio.

— *«Uno de los medios para cumplir debidamente la obra de Nuestro Señor es saber humillarse, pero con una humildad verdadera y sólida.»* (Envío de las Hermanas a La Fère - 29 de julio de 1656.)

— *«Tenéis que ir allá... con el espíritu de las verdaderas Hijas de la Caridad y con espíritu de mortificación...»* (Envío a Sedan - 23 de julio de 1654.)

— *«... mortificarse para saber tolerar las quejas que los pobres puedan dar de vosotras.»*

Los amos tienen derecho a quejarse de sus sirvientas; pero sólo el Amor puede infundir a éstas el ánimo suficiente para aceptar los reproches... en unión con los que Nuestro Señor padeció en la tierra.

Sostenidas por el Amor de Dios, sin cesar renovado en la Eucaristía de cada día y en la oración, podrán ustedes afrontar las exigencias de la vida de una verdadera sierva: mortificarse en la dependencia —la de los Pobres y la de sus Hermanas... Podrán ustedes vivir la humildad con relación a los Pobres, a quienes tienen el honor de servir, y con relación a sus Hermanas —lo que a veces es más difícil, pero también indispensable para lograr la unión entre nosotras. Comprenderán ustedes mejor, entonces, que el estado permanente de la Hija de la Caridad Sierva de los Pobres, tiene que ser un estado de búsqueda constante de mayor Pobreza interior y exterior, Pobreza interior: esperarlo todo de Dios, de su gracia, y como María, esperar firmemente, creer que ha mirado la pobreza de su sierva —la pobreza de ustedes— y que El suplirá y hará maravillas. Pobreza exterior: ¿cómo no desear, sinceramente, el estilo de vida de aquellos a quienes servimos por Amor?

Marchen, pues, para ser unas siervas humildes, mortificadas, dependientes, que dejen transparentar su pertenencia a Dios, a su Dios, de donde les viene todo gozo. Porque han de ser siervas felices. Que se vea la felicidad que les proporciona su servicio. Hagan brotar también la alegría en el corazón de los demás, en especial en el de los Pobres, uniéndose a ellos en todas las dificultades de su vida, compartiendo sus esfuerzos, sosteniendo sus esperanzas, acompañándoles con una amistad desinteresada que les dé el gusto por lo verdadero, introduciéndoles en el descubrimiento del Amor de Dios:

«Hacer que las almas sean amigas de Dios.»

Para terminar quiero dejarles esta recomendación de Madre Guillemin:

«tengan una especie de terror por la tibieza y renueven sin cesar, con alegría, el ofrecimiento de ustedes mismas a Dios.»

para servirle como El quiera y donde El quiera.

Que la Santísima Virgen las acompañe por el camino de la fidelidad.

PROVINCIA DE PORTUGAL:
Nuevas experiencias de evangelización y servicio

Desde la evolución política del 24 de abril de 1974, la Iglesia vive en Portugal una modificación profunda y seria. Ha perdido la dirección de casi todas las Instituciones; pero puede decirse que ahora se entrega a su misión de manera más auténtica y que, así, interpela a sus hijos para que vivan el Evangelio en profundidad.

Para responder a las llamadas de la Iglesia y a las necesidades reales de los Pobres, dos Hermanas han sido enviadas a una pequeña implantación en una zona rural la más descristianizada del país y, según dicen, de Europa. Allí las Hermanas intentan llevar un estilo de vida sencillo y pobre como los demás habitantes del pueblo. Trabajan, con plena dedicación, en la Evangelización, ocupándose especialmente en la educación catequística de los niños de las escuelas (unos 800) y dan también catequesis a los adolescentes y adultos. Reúnen a niños y a padres..., etc.

Estas Hermanas cubren el área de los pueblos circunvecinos. En algunos de ellos tienen que suplir al sacerdote en la celebración de la Palabra, distribución de la Comunión, presidencia de los funerales... Todos ellos, momentos especialmente indicados para hacer una catequesis a aquellas gentes. Con un grupo de seglares, han formado un equipo itinerante de Evangelización y gracias a este medio, pueden tener contacto con muchos hogares.

En Portugal se ha emprendido otra forma de actividad muy interesante y que queda muy dentro del carisma vicenciano. Se trata de «Las Misiones Populares».

Buen número de hermanas toman parte en ellas con gran entusiasmo, en unión con los Sacerdotes de la Misión. Hay hermanas que marchan durante ocho o quince días, con frecuencia aprovechando su tiempo de permiso, a regiones más abandonadas. Durante su estancia en ellas, se encargan de visitas a las familias, a los ancianos, a los enfermos. Van a ver también a los habitantes en su lugar de trabajo, reúnen a los niños y a los jóvenes y preparan así a todos a escuchar la Buena Nueva que les van a predicar los Misioneros.

Durante ese tiempo más intenso de «Misión», Padres y Hermanas cuidan de preparar a un gran grupo de seglares para que prosigan el trabajo.

Este contacto real con los más pobres estimula a las Hermanas a vivir en mayor verdad, en mayor profundidad, su vocación vicenciana.

> «Tenemos que ir hacia los pobres como se corre a apagar un fuego.»
>
> (San Vicente)

PROVINCIA DE LEVANTE:

Visita a los pueblos cristianos caldeos del Sur-Este de Turquía



Muchas de las niñas de la casa de Bebek, en Istanbul, son Caldeas. Proceden de aldeas muy pobres del Sur-Este del Asia Menor. Con el fin, pues, de comprender mejor sus actitudes, un tanto primitivas, y la mentalidad de sus familias, emprendemos la visita a esos pueblos de difícil acceso y en los que reina, como acabamos de decir, la mayor pobreza.

MARTES 27 DE JULIO

Acompañada de una joven de casa (ya que me era indispensable una intérprete porque en dichos pueblos sólo se habla caldeo) y de uno de sus hermanos mayores (como medida de prudencia) tomé el autobús de Izmir el 27 de julio último para dirigirme a Mardin.

El ambiente del autobús me hace comprender desde el primer momento, que nos dirigimos hacia el País de la miseria..., pero también de la fortaleza, del arrojo. Tenemos con nosotros una mamá con seis niños, pero que por cuestión de economía no ha pagado más que un asiento aunque el viaje es de veintiséis horas... Acuesta, pues, a algunos de sus pequeños en el suelo, en el pasillo del autobús y, por turno, coge a los demás sobre sus rodillas...

Atravesamos, lo primero, Afyon y Konya. Transcurren las horas. Conversamos con un anciano muy pobre que padece dolor de muelas: en su pueblo no hay dentista. La gente busca cómo distraerse del cansancio del viaje: algunos hombres bailan y cantan, aunque son las dos de la madrugada. Atravesamos Tarso, la ciudad natal de San Pablo. ¡Cuántos recuerdos! Después, Adana, Gaziantep, Urfa, Mardin. Paisajes muy diferentes.

200 Kms. de estepa bajo un calor tórrido. Pueblos de extrema pobreza. Parece que me hallo en otro mundo. Después de Mardin, ciudad donde existen los mayores recursos de esta región, tomamos un coche y llegamos al pueblo de Mydyat, donde nos recibe una de las familias que vamos a visitar. Nos dispensa una cálida acogida. Es una explosión de alegría porque una «Hermana» viene a visitarlos: cantos, aplausos, besamanos... Interiormente se lo remito todo al Señor. Por la noche, todos los de casa nos acostamos al aire libre, con el cielo estrellado como techo. Así suelen hacer durante el buen tiempo en toda la región.

VIERNES 30 DE JULIO

A las 5,30 de la mañana, salimos para Cizre-Uludere, que dista 180 kms. Visitamos el reducido Monasterio jacobita de Deyr-el-Unur, que datta del siglo VIII. En él moran y rezan cinco Religiosas. Atravesamos otros varios pueblos cristianos y después, un «Pueblo de Diablos», según me dice el conductor turco, porque los pobres habitantes no son ni musulmanes ni cristianos, ni tienen ningún libro.

Cyzre es una pequeña ciudad fronteriza con Irak, en la que existe un gran tráfico de camiones. Atravesamos el Tigris (no lejos, pues, del «Paraíso Terrenal» que según una antigua tradición estaba situado entre el Tigris y el Eufrates).

Uludure nos ofrece un bello paisaje de montaña, pero la carretera se hace cada vez más difícil. A las 14 horas 30 minutos, llegamos al pueblo de Sinoban donde nos recibe una familia turca amiga de los cristianos. Nos rodean inmediatamente mujeres y niños. El hombre de la casa tiene cuatro mujeres. No está mal. Nos ofrecen una rama de árbol para espantar a las moscar que allí pululan. Después de una larga espera hasta que vienen a recogernos con dos mulas para cargar los equipajes, nos ponemos en marcha por senderos de montaña bajo un sol de fuego.

Onubak: aldea de 70 casas, 550 habitantes, de los que 200 son niños pequeños. ¡Qué sorpresa! Todos están esperándonos en el camino para recibirnos con cantos y aplausos. Por fin llegamos a la casa de Redjo, la joven que me sirve de guía e intérprete durante todo el viaje. Todos se sientan en círculo sobre una alfombra y nos sirven el te. Les digo mi contento por encontrarme entre ellos. Este pueblo cuenta con un sacerdotte joven (casado y padre de familia) que habla bien francés. Para mí será una gran facilidad durante los ocho días que pasaré entre ellos. Todas las tardes, a las 17 horas 30, nos reunimos en la iglesia para la oración, en la que muchos vecinos toman parte. A las 20 horas cena sencilla y frugal, seguida de conversación hasta las 23, hora de acostarse a la intemperie, bajo una tejavana en la que nos cobijamos de 11 a 15 personas, entre ellas, una familia iraquí evadida, con dos niños pequeños.

SABADO 31 DE JULIO

En la visita a las familias, después de la Misa de 6 y media, he podido darme cuenta de las condiciones tan precarias de vida, sin luz eléctrica y, para muchos, una buena distancia que recorrer hasta encontrar agua potable. Las casas son de piedras sin labrar, tejados de paja que dejan penetrar la lluvia en las épocas de grandes aguaceros. Dos o tres boquetes de 20 cms. de lado en los muros hacen las veces de ventanas. Sólo los más ricos tienen cristales. El interior de las viviendas es «un gran vacío». Los colchones que servirán por las noches están durante el día recogidos en un rincón. En el centro puede verse el lugar de la mezquina estufa que entrará en funciones en invierno, y ¡no hay nada más! Por supuesto, escasa higiene. En una de las casas veo a una niñita de cinco años con la espalda abrasada por haberse caído en un barreño que estaba al fuego en el suelo mismo. La han cubierto con trozos de alfombra sujetos con tarugos de madera para que no rocen la pobre espalda hecha una llaga. Por fin, al día siguiente, deciden llevarla al centro sanitario más próximo, a unos 80 kms., a lomos de mula. Por supuesto, se les murió en el camino, como otro enfermo, cardíaco grave al que transportaban en las mismas horrorosas condiciones, que no pudo soportar... Tales condiciones de pobreza, tal estado de aislamiento, sirven para estrechar los lazos de las familias entre sí, de las que cada una cuenta de cinco a diez hijos.

Hace unos días, murió un hombre en el pueblo. Según costumbre, la familia invitó a comer a Todo el Poblado.Mataron cinco corderos (todo cuanto tenían) y los pusieron a asar fuera, sobre grandes fuegos de leña. Hicieron 840 panes: ese trabajo corresponde a las mujeres, que se ayudan entre sí para amasar. Las casas están cercanas unas a otras, separadas por callejuelas llenas de gruesas piedras rocosas.

DOMINGO 1 DE AGOSTO

En la Misa de 6 y media, la iglesia está llena y la gente reza. En el desayuno, me dispensan el honor de comer con los hombres. Las mujeres comen después, cuando han terminado de servir, y aparte. Después de recorrer el pueblo y de haber comido en casa del difunto, el «Muhtar» (alcalde) me da las gracias por haber ido a verles; pero me echa en cara no haberlo hecho antes. (Lo cierto es que años atrás una expedición semejante no hubiera sido posible, dada la inseguridad del país.) Fue un verdadero S.O.S. lo que me lanzó así como a los misioneros católicos de Istanbus. Por mi parte le expuse las dificultades con que nosotros mismos nos tropezamos para poder sostener nuestras obras. A lo que me contestó: «Pero a ustedes se les escucha, mientras que a nosotros, no.» Tuve que reconocer que era cierto: son muy pobres y los países ricos los desconocen por completo, están alejados de todo, perdidos entre sus montañas... Al observar a los niños, me doy cuenta de lo miserables que son sus ropas...

A las cuatro y media, en casa del difunto se preparan sobre alfombras 84 paquetes de 10 panes con 10 trozos de cordero. El Padre lo bendice y se reparte a todas las familias. Dos kurdos participan en esta jornada: el padre de uno de ellos salió en defensa de los cristianos en el momento (todavía reciente) de las persecuciones. Es frecuente que pasen por el pueblo kurdos en busca de alojamiento y comida para una noche, porque, como dice el Padre, «son todavía más pobres que nosotros», y saben que los recibimos siempre

bien. El Padre Aziz ayuda a los cristianos a que vivan en caridad, aun cuando a veces resulte duro.

Después de la oración de la noche, la madre de Redjo me ofrece agua caliente en un barreño «sistema patentado» en un rincón de la granja. ¡Buena falta me hacía!

Después, la cena en casa del Padre, donde discutimos acerca de los numerosos y arduos problemas de estos poblados, olvidados por las gentes que se dicen «civilizadas»...

LUNES 2 DE AGOSTO

Visito otro poblado, Dogan, donde encuentro la misma pobreza, pero también la misma cálida acogida. En éste, hay todavía más escasez de agua. En un mes se han secado todos los cultivos... ¡Cuántos enfermos que necesitarían consultar al médico, recibir cuidados acertados, medicinas! Después de comer con la familia de Marta (una de las niñas mayores de Bebek), vuelvo a casa de Redjo.

MARTES 3 DE AGOSTO

¡Hoy es el gran día! Voy a ir a ver a las mujeres y niños que viven en el Campamento de montaña, durante los dos meses de verano, a donde llevan a los rebaños para que encuentren algo más de pasto. Se tarda tres horas en llegar a lomos de mula..., a unos 3.000 metros de altitud. Me equipo como es debido: en estas regiones en que se desconoce la permisividad occidental, hay que cuidar mucho el porte recatado; también es necesaria ropa de abrigo porque en aquellas alturas no desaparece la nieve ni el hielo. Me siento muy a gusto montada en mi mula blanca. Formo parte de la primera caravana; dentro de media hora saldrá la segunda, llevando a su frente al Padre Aziz. El paisaje es hosco pero magnífico. Al cabo de tres horas de escalada, divisamos a los niños, que nos están esperando. Un poco más allá son las mujeres las que corren a nuestro encuentro. La primera es la mamá de dos de nuestras niñas de Bebek: Meryen y Suna. Nos reciben cantando. Bajo de la mula y me encuentro ante el espectáculo de las tiendas de campaña (unas cuarenta) negras, hechas de pelo de cabra.

En el campamento, la vida es dura. Se levantan a las cinco para ir a recoger leña, romper el hielo... el agua para beber, hay que ir a buscarla a veinte minutos de distancia, para encontrarla límpida y transparente. Hay que preparar forraje para las caballerías, hacer la mantequilla, el requesón y el queso. Pude ver cómo ordeñaban a las ovejas a las cinco de la tarde y a las diez de la mañana. En esos dos momentos, los pastores llevan los rebaños hacia el campamento, el resto del tiempo están dispersos por la montaña, siempre vigilados por los pastores que pasan la vida en medio de ellos. Además de todo este trabajo, las madres tienen que ocuparse de sus chiquitines y de los hermanitos mayores. También hay nacimientos durante la acampada (las mujeres se ayudan unas a otras y no hay necesidad de médico). El P. Aziz administró seis Bautismos. De vez en cuando acude para celebrarles la Misa.

Al atardecer, nos reunimos en torno al fuego. Charlamos... ¿Qué hacer para salir de esa miseria? Muchos hablan de emigrar a Francia para buscar

trabajo y vivir mejor. Cierto número de estas familias han marchado a Suecia; pero este país no recibe ya a más emigrantes.

Y llega el problema de acostarme. Con toda delicadeza les parece que el mejor sitio para mí es un colchón colocado sobre una de las grandes piedras que sostienen la tienda. A las cinco, levantarse. Observo a las mujeres: unas amasan el pan, otras van a romper los bloques de hielo. A las siete, oración presidida por el Padre, bajo la tienda. Todo el Campamento se halla presente.

A las diez, marchamos al otro campamento, a una media hora de marcha por la montaña. En éste sólo hay catorce tiendas, pero la vida que en él se lleva es la misma... Encuentro a una pobre mujer que lleva ocho días enferma. Cuando hay algún enfermo grave, bajan a telefonear al pueblo, y de la base de Dlyarbakir mandan un helicóptero. Todo esto requiere varias horas.

A las quince horas, despedida del Campamento, llena de emoción.

JUEVES 5, VIERNES 6 DE AGOSTO

Prosigo mi visita a las familias. ¡Qué trabajo tan magnífico se ofrecería a unas hermanas enfermeras que pudieran venir periódicamente! ¡Cuántos consejos de higiene que dar, cuántos cuidados que prodigar, medicinas que administrar, recetas de cocina sencillas, prácticas y más saludables que enseñar! ¡Costura, punto, limpieza y conservación de la casa! ¡Qué trabajo tan hermoso para las Hijas de la Caridad si les fuera posible vivir en alguno de estos pueblos! Pero sabemos, desgraciadamente, que las leyes del País nos prohíben cualquier fundación nueva. De todas formas, si nuestro número lo permitiera, podríamos venir, a modo de «visita amistosa», dos veces al año para ayudar y asistir a estos pobres cristianos tan desprovistos de todo, pero tan ricos de Valores Evangélicos!

SABADO 7 DE AGOSTO

Es la despedida definitiva. La marcha está prevista para las siete. Pero en esto, llega una tropa de 150 soldados; se ha denunciado a un poblado kurdo por haberse dado la desaparición de corderos en uno de los Campamentos de la montaña. Caritativamente, el poblado se presta a facilitar un guía y a poner dos mulas a disposición de los oficiales. Y, naturalmente, se les ofrece el te. En cuanto a nosotros tomamos la dirección de Cizre y de Silopi para ir al pueblo caldeo más importante y extenso; Aksu, en el que compruebo el mismo género de vida y los mismos problemas que en los demás, principalmente la escasez de agua.

DOMINGO 8 DE AGOSTO

Permanecemos en Aksu, donde encuentro bastantes enfermos. Hay muchos jóvenes en este pueblo, pero el éxodo plantea no pocos problemas para que puedan contraer matrimonio..., los muchachos emigran, sobre todo hacia Francia. Para evitar esta situación, sería necesario poder ayudarles a sacar partido de los productos naturales de la agricultura local y de la cría de ganado u otros animales. Lo primero sería poder proporcionarles un ca-

mión (también a los otros poblados). El padre piensa en organizar una Cooperativa; pero él mismo no dispone de ningún medio en su pobreza. Le prometo exponer todas estas necesidades tan pronto como regrese a Istanbul y hacerlo llegar también hasta Francia. ¿Acaso el «Socorro Católico» pudiera interesarse por ellos?

LUNES 9 DE AGOSTO

Antes de marchar rumbo a Cizre, en donde hemos de separarnos, el Padre me dice: «Su vida misionera entre los más pobres toca a su fin.» Y yo le respondo: «No; es ahora cuando empieza y va a proseguir porque no he de olvidar nunca que he vivido con ustedes durante esta semana. Ahora, tengo la responsabilidad de lanzar un S.O.S. en favor de estos poblados para que los 4.000 Católicos Caldeos, verdaderos cristianos de Turquía, puedan permanecer en su país.»

Marcho de nuevo hacia Mydyiat y Mardin y volvemos a tomar el autobús de Izmir. Pero como toda alegría ha de pagarse, me encuentro envuelta a las once de la noche en un control de identificación a causa de los problemas armenios... Mi pasaporte francés me hace sospechosa y se me invita a bajar del autobús, a la vez que me acompañan a la Comisaría... Allí tengo que esperar hasta el día siguiente, a las once de la mañana, para encontrarme cara a cara con un general que me pone inmediatamente en libertad. Vuelven a surgir dificultades para encontrar otro autobús. A las dos de la madrugada puedo, por fin, salir para Adana. Pero está visto que no hay suerte: una avería impide que el autobús siga adelante... y tengo que esperar cuatro horas hasta que otro autobús quiera hacerse cargo de nosotros. Son sólo unas horas de impaciencia que no bastan para hacerme lamentar y mucho menos olvidar los días estupendos pasados entre los pobres aldeanos, con toda la alegría que me han proporcionado.

Sor Jean-Gabriel LIGER
(de Bebek, Istanbul)

CURSILLO VICENCIANO INTERNACIONAL

Beber en la fuente de los Fundadores.
Gustar el agua de la Vida de las primeras hermanas.
Volver a encontrar el frescor y transparencia de los orígenes.
Confrontar con ellos nuestra vida.
En la fraternidad de una Comunidad internacional...

¡Qué riqueza!
¡Qué dinamismo para mañana!

«Hermanas mías, daos a Dios desde ahora para ir por todas partes donde El quiera servirse de vosotras.»

En este año del 350 aniversario de la Compañía, el Cursillo Vicenciano reviste un carácter especial. El llamamiento que lanzó Nuestra Madre el 15 de agosto de 1982 ha tenido resonancias en todos los continentes. Entre las 110 hermanas cursillistas, unas veinte están aquí compartiendo con todas su fe y su alegría en espera de una próxima partida a la Misión *ad gentes*.

Una de las veladas del Cursillo gira en torno a la Misión. Es un clamor de Esperanza. Escuchemos algunos de los testimonios.

«Desde los doce años tuve que enfrentarme con el mundo de la incredulidad y de la indiferencia religiosa, por no decir con un ambiente anti-clerical. Fui militante de Acción Católica hasta bien cumplidos los veinte años. Ya en Comunidad, me vi destinada en un sector muy descristianizado, ambiente obrero y rural... Todas estas vivencias hicieron que me quitara yo misma de la cabeza la idea de la Misión *ad gentes*. ¿Qué más país de Misión quería que mi propia patria, Francia?

Y entonces, ¿por qué estoy hoy aquí, dispuesta a marchar?

Voy a comunicarles sólo dos puntos por los que ha transcurrido mi reflexión. Primero, mi encuentro con Sacerdotes de la Organización «Fidei Donum», mi trabajo en conexión con el C.C.F.D., es decir, organismo para el intercambio recíproco entre países, me llevaron a considerar de nuevo y en profundidad la dimensión universal de la Iglesia, y, dentro de la Iglesia, la de la Compañía.

En 1978, durante unos Ejercicios me sentí interpelada por lo que significa el radicalismo de la «Entrega incondicional» en la Compañía de las Hijas de la Caridad, que es internacional. Las palabras «Indiferencia en cuanto a lugares, ambientes, personas; Disponibilidad, Agilidad o Movilidad como las de las primeras Hermanas». Se convirtieron para mí en realidades y calaron hondo. Lo comuniqué a mis Superiores.

La carta de Nuestra Madre de agosto último sirvió para concretar la llamada a la que nuestra Provincia, como las demás de Francia, a pesar de su pobreza, quiere responder con generosidad viendo en ella una forma de ese «Compartir», fuente de Esperanza y de dinamismo para toda la Compañía.

El pobre sabe oír la llamada del más pobre.
Y sabe también recibir.

Sor Mónica, de la Provincia de Lyon - Francia

«Mi vocación misionera nació en la Acción Católica y se desarrolló a la vista del entusiasmo de los misioneros que marchaban a países lejanos. Los libros que por aquel entonces leía fortalecían también esta vocación.

La llamada a la entrega total al Señor para anunciar el Evangelio me impulsó a ingresar con las Hijas de la Caridad, porque sabía que su objetivo eran los más pobres. Al hacer mi petición de ingreso expuse mi deseo de ir «ad gentes». De esto hace veinte años.

Durante la espera para ser enviada a las Misiones «ad gentes», he tratado de vivir en Europa con un espíritu misionero, porque, como todas saben, misionera hay que serlo siempre y en todas partes.

He vivido ya una experiencia de la Misión «ad gentes» hace dos años, cuando fui enviada por tres meses a un campamento de refugiados camboyanos en Tailandia. Allí creció mi deseo de servir a los más pobres, porque ellos, los más pobres, los que no conocen que existe un Dios que nos ama, son los que más que nadie tienen derecho a nuestra ayuda y a reclamar nuestro servicio.

Ahora, los medios de comunicación social nos permiten conocer fácilmente las situaciones en que viven muchos de nuestros hermanos, así como las catástrofes que con tanta frecuencia destrozan nuestro planeta.

Como Hija de la Caridad, con el espíritu de San Vicente que nos impulsa a servir corporal y espiritualmente a los más pobres, me he puesto a disposición de los Superiores para que me envíen allá donde el servicio sea más urgente.»

Sor Esther, de la Provincia de Turín - Italia.

«Soy hija de campesinos, la sexta de una familia de 15 hermanos y hermanas. No voy a hablarles de mi vocación, sino tan sólo de mi llamamiento a la Misión Ad Gentes.

Muchas veces me he interrogado acerca de las Misiones. La universalidad de la Iglesia era una realidad viva en mí. Oía, como un tenaz martilleo, la frase del Evangelio de Mateo:

«Id, pues, enseñad a todas las gentes...»

A las que hacían eco, en lo íntimo de mi ser, estas palabras de San Vicente:

«No soy ni de acá ni de allá, sino de todas partes de donde plazca a Dios que sea.»

Otra cosa que ha influido decisivamente en mí ha sido el espíritu misionero de mi madre. No sabía leer, pero no dejaba de actuar. Predicaba con sus actitudes. No escatimaba un solo esfuerzo por servir a los pobres, a los enfermos, caminando a veces muchos kilómetros por ir a visitarlos y socorrerlos. También mi hermano trabajó como voluntario seglar entre los indígenas del «Mato Grosso do Sul».

Yo misma trabajé durante varios años en la Pastoral Parroquial con los Misioneros Javerianos. Los veía a unos marchar, a otros llegar, con tanta alegría y entusiasmo, que esos sentimientos eran contagiosos y me hacían decirme: «También yo un día partiré.» Pero mi hora no había llegado.

Después de la muerte de mi madre, que estuvo inválida durante siete años, recibí mi destino para Curitiba, con el fin de seguir allí un curso de «Ciencias Religiosas» que duraba dos años. Yo me decía entonces: «Después de estos estudios podré marchar a las Misiones.» Pero Dios, por medio de los Superiores, me pidió otra cosa: me destinaron al Seminario, como hermana de oficio. Entonces hice la experiencia de lo que es abandonarse entre las manos del Padre. Lo que no quita que fue para mí una sorpresa: nunca había pensado en tal destino.

En el Seminario, pronto descubrieron mi inclinación misionera. Es increíble cómo, durante ese año, giró todo en torno a las Misiones. Las fiestas, aniversarios, cantos, pequeñas sorpresas, *todo*, en una palabra, tenía carácter misionero. Y yo me preguntaba: «¿Qué quiere el Señor de mí? ¿Qué me está preparando?»

Cuando llegó la circular de nuestra Madre, la Directora del Seminario la leyó en voz alta... y yo me quedé ¡de una pieza! Era como si me hubieran dado un palo. Sentí que un escalofrío recorría todo mi cuerpo... Todos los ojos se volvieron a mirarme. Confieso que sentía una enorme emoción. Pero por encima de todo y con mayor insistencia, se hizo oír en mí la voz de Dios: «Ha llegado el momento. Es tu hora.»

Unos días después, encontré sobre mi mesa una fotocopia de la circular de nuestra Madre. Era una nueva llamada. Durante una semana estuve luchando. No sabía qué hacer. Por fin, me decidí a hablar a mi Visitadora y a confiarle mi deseo de contestar SI al llamamiento de Nuestra Madre. Me aconsejó que así se lo escribiera directamente. Y es lo que hice. Desde ese momento sentí una paz profunda que me invadía y que nunca antes había experimentado. Para mí era como un regalo de Dios y la certeza de haber cumplido su voluntad. Dios había aceptado el ofrecimiento de mi vida para

las Misiones, los Pobres, los más Pobres. Por fin, llegó la contestación del Consejo... positiva.

Aquí estoy, pues, entre las manos del Padre de los Cielos —también en las de Nuestra Madre— para, en nombre de Cristo, de la Iglesia, de la Compañía, servir a Jesucristo en los Pobres... donde El ya sabe pero yo no.»

Sor Ivone, Provincia de Curitiba - Brasil.

El soplo misionero de los orígenes sigue vivo y operante en la Compañía.

Gracias sean dadas a Nuestra Madre por haberse atrevido a lanzar la llamada.

Una cursillista.